ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA

LA REAL MOZA

COMEDIA EN TRES ACTOS

en prosa, original de



JOSÉ FELIU Y CODINA



MADRID
MAYOR, NÚM. 16, ENTRESUELO
1897

LA REAL MOZA

LA REAL MOZA

COMEDIA EN TRES ACTOS

en prosa, original de

JOSÉ FELIU Y CODINA

Representada en el TEATRO ESPAÑOL, de Madrid, la noche del 25 de Diciembre de 1896



MADRID

R. Velasco, imp., Marqués de Santa Ana, 20

Teléfono número 551

1897

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
ARACELI (28 años)..........	SRA.	GUERRERO.
OLVIDO (40).................		ALVERÁ.
LA JILGUERA (70)...........		HIJOSA.
ROSARIO (18)............ ...	SRTA.	GIL.
RODRIGO (32)...............	SR.	DÍAZ DE MENDOZA.
RAFAEL (30).................		GARCÍA ORTEGA.
ANTONIO (50)		DONATO JIMÉNEZ.
JERÓNIMO (60)		CIRERA.
TRINO (40)..................		CARSÍ.
JUAN DE DIOS (45).........		DÍAZ.

Escena contemporánea, en Cabra

Derecha é izquierda, las del actor

ACTO PRIMERO

Patio en el interior de una antigua casa principal.—A la derecha del fondo, puerta ancha y elevada, por la cual se ve la espaciosa escalera, practicable, de piedra, con barandado de hierro, que conduce á la planta superior.—En segundo término de la derecha, otra puerta más pequeña, que conduce a las habitaciones bajas, á la salida posterior de la casa y á la escalera del servicio.—A la izquierda, segundo término, la puerta por la cual se va á la cocina, lagar, cuadras y demás dependencias.—Al fondo, en el centro, cancela de hierro labrado, á través de la cual se ve el zaguán, pieza anchurosa y de recios muros, con puerta de macizas hojas, que da a la calle.—Algunos limoneros y naranjos dan sombra al patio, y en macetas, cuadros de tierra y arriates, crece variedad de plantas y flores, como rosales, claveles, etc., y también pasionarias, jazmines y otras trepadoras, que tapizan los muros.—En el centro un surtidor, cuyo chorro cae en una pila ó alberca, abierta á raiz del suelo.—Hacia la izquierda, primer término, mecedoras, butacas y taburetes en derredor de una mesa. Varias jaulas, con pájaros, colgadas en distintos puntos del patio.—En el centro, un farol grande, de bronce dorado, que sube y baja por medio de una garruchuela.

ESCENA PRIMERA

OLVIDO y DON JERÓNIMO. Este, sentado en una mecedora; aquélla, comiendo en un platito, dulce del que contiene un tarro que está sobre la mesa con algunos vasos, una alcarraza y una bandeja de azucarillos

OLV. Vamos, don Jerónimo, que ya ha descansao usté; tome ahora unas cucharaitas de este durce, que está deliciosísimo.

JER. Como hecho por mi sobrina.

OLV. ¡Ay, qué manos tiene esa criatura!... ¡Bendito sea Dios, que nos ha hecho primas y ha puesto á la golosa junto á la confitera!

JER. A mí no me ha hecho goloso.

OLV. Pues se pierde usted muchas satisfacciones.

JER. Ni tomo yo nada fuera de mis horas. Hasta que no me siente á la mesa para cenar...

OLV. Ya sabe usté que en esta casa se cena muy tarde.

JER. Nunca me corre eso prisa.

OLV. ¿Y cuántos días viene usté á pasar en Cabra?

JER. Un día á lo sumo, porque pasado mañana he de estar fuera.

OLV. ¿Va usté á la feria de Montoro?

JER. ¡Qué disparate!

OLV. Como dice usté pasao mañana... Primer domingo de Abril .. Porque puede que ayí nos viéramos. Y el 4 de Octubre feria otra vez. En esa sí, que estaré de seguro.

JER. Yo, donde estoy seguro, es en mi casa de Lucena.

OLV. ¿Y qué se trae usté de ayá? ¿qué pasa en Lucena?

JER. Nada. ¿Qué quiere usté que pase?

OLV. Vamos, que no tóo er mundo estará ayí en gracia de Dios.

JER. Así podrá ser; mas yo no me entero.

OLV. Claro; si no es usté goloso...

JER. Ni vengo yo á Cabra á vaciar la balija de los cuentos.

OLV. Sí: ya sabemos que viene usté á otra cosa. Es usté la Providencia de esta casa.

JER. ¡Qué va á hacer uno!

OLV. Y por eso se encuentra aquí en la presente ocasión. La visita de cáa fin de mes.

JER. Sin falta. Antes dejaría de salir el sol.

OLV. A traer el socorro, ¿verdad?.. La congrua. ¡Los querubines han de bajar el día de su hora pa yevarle á usté ar cielo en parmitas, por su largueza con esa víctima desamparáa!

JER. No es la función para tanta música.

OLV. ¿Que no es? Un órgano de iglesia debería tener aquí mi prima pa dispararlo en cuan-

to que usté asoma. ¿De qué se comería en esta casa, y cómo se educarían los niños, y con qué se remediaría tóo, si no fuera por esa mano bienhechora que usté les tiende? Este caserón, que ya es lo único de que Araceli dispone, tiene mucho espacio, pero las piedras no dan náa. Araceli le debe á usté mucho.

JER. ¡Mire usté la deuda! Suyo ha de ser al cabo todo lo mío.

OLV. Y buen paso que yevará entonces tóo lo de usté.

JER. No, señora; de eso no hay peligro. Ya dejaré yo las cosas bien dispuestas y bien claveteadas; y de mí, ni de lo que hemos ahorrado los Tristánez de Lucena, no se ha de reir el bribón, maniroto, disipado que ha traído á esta casa la ruina.

OLV. Será lo que tase un sastre.

JER. (*Poniéndose en pie, exaltado.*) No será sino lo que yo deje tasado; porque desheredo á mi sobrina, tal como suena... desde el momento en que ese hombre ponga mano en mi herencia. Yo soy muy buenazo, pero con él... ¡ni para alargarle una limosna si le viera á mis plantas extenuado! Es un hombre sin humanidad ni conciencia.

OLV. Sí; es ligeriyo de cascos, pero no hay que excomulgarle tan fuerte.

JER. Pues si ahora es, y vivo estoy á Dios gracias, y no se trata más que de la pensioncilla mensual, que ahí monta á la postre una friolera, y le tengo dicho á Araceli, pero muy seriamente, que el día que admita en esta casa á su marido, ó vuelvan ella y él á corresponderse, aquel día salgo yo por esa puerta y Dios cuidará de los que ahí se queden, igual que cuida de los pajaritos del aire. Pero no sucederá nada de esto, porque mi sobrina tiene entendimiento y pundonor. Así la estimo yo, y hago por ella.

OLV. Y muy santísimamente que hace usté. Sus deudos tenemos la obligación de ampararla. Ya ve usté que yo tampoco la abandono.

JER. ¿Usted?

OLV. Me parece... De las siete tardes de la semana, cuatro, á lo menos, se las dedico á eya.

JER. Y á sus confituras.

OLV. Especiales, sí, señor. Sobre tóo el cabeyo de ángel. Tan en su punto no lo como en otra parte, si no es en casa de mi primo el magistral de Jaén, cuando voy por la feria el veinticuatro de Junio, día de San Juan.

JER. ¡Hija mía, usted va á todas las ferias!

OLV. Como que soy viuda.

JER. ¡Caramba!... ¡Está bien!

OLV. Y de casada estuve muy sujeta.

ESCENA II

DICHOS; ROSARIO por la puerta chica de la derecha

ROS. Don Jerónimo, muy buenas tardes.

JER. Adiós, Rosario. ¿Y la señora?

OLV. Arriba se fué.

ROS. Eya ha conocido á usted oyendo su voz, y me manda decirle que si gusta subir, en la sala cuadra le espera.

JER. Sí, que voy allá. Hasta luego.

OLV. No tarden en bajar, que se queda abandonáa la tertulia. (Vase Jerónimo, subiendo la escalera del fondo; Rosario le sigue)

ESCENA III

OLVIDO y TRINO. Este aparece en el fondo en ademán de ir buscando la casa, penetra en el vestíbulo y se acerca á tirar de la campanilla de la cancela.

OLV. (Alzando la voz.) Que están yamando. (Volviendo la cabeza hacia la cancela.) ¿Quién es?...

TRINO (Desde fuera.) ¿Es aquí donde vive la señora de Monturque?

OLV. (Siempre desde su silla.) ¿Doña Araceli Tristánez de los Reyes de Monturque?

TRINO Esa es la razón.

OLV. Y aquí es la casa.

TRINO ¿Puedo tener el honor de ser recibío?

OLV. (Alzando la voz.) ¡Muchacha! Tira del cordón de la cancela, que está yamando un cabayero. (Tiran desde arriba del cordón y ábrese la cancela. Trino entra y vuelve á cerrarla.) Pase usté.

TRINO (Adelantando muy cumplimentero.) Con el permiso. Mu felices tardes. A los pies de usté.

OLV. Tome una siya.

TRINO Muchísimas gracias. (Se sienta.)

OLV. (Después de mirarle.) Usté no es de por acá.

TRINO No, señora; soy de Ubeda.

OLV. ¡Ay, de Ubeda! Feria el ocho de Septiembre.

TRINO Trino García del Salto, pa lo que se ofrezca.

OLV. Ya conocerá usté á mis primos, los de Gaucín, y al rector de las dominicas...

TRINO No, señora; yo allí no conozco á nadie porque no paro en la localidad.

OLV. Entonces, ¿dónde reside usté?

TRINO Pues, mire usté; yo, en toa Andalucía.

OLV. ¡Vaya, que el domicilio no le vendrá á usté estrecho!

TRINO Soy feligrés de toas las parroquias; lo primero, porque me gusta la independencia... ¿repara usté?... y lo segundo, porque mi carrera lo exige; y, finarmente, por otras dos mil razones que ahora no digo... porque ya está cayendo la tarde.

OLV. ¿Y cuál carrera es la de usté?

TRINO Mi carrera es... que yo ando siguiendo las ferias y los casinos...

OLV. ¿Hace usté juegos de manos?

TRINO Ya ve usté que mis andares están diciendo que soy una persona fina.

OLV. ¡Ay! No he querido ofenderle. ¿Y es usté casado?

TRINO A mí no me han cogido más que una vez en esta vida, y no ha sido una mujer.

OLV. Un toro.

TRINO Berrendo era, pero sin astas.

OLV. ¡Explíqueme usté esa cogida!

TRINO Por el presente no hace ar caso.

OLV. Me inspira interés, porque es usté un sujeto...

TRINO Mu fino.

OLV. Y muy simpático.

TRINO Y usté una dama mu guasona y mu bien conserváa...

OLV. Y muy curiosa. Cuénteme usté eso.

TRINO Usté es la que va á tener la dinación de contarme á mí... Puesto que ya somos amigos, y nos hemos echao el uno al otro un puñao de anises.

OLV. ¿Yo á usté, qué le he de explicar?

TRINO (Acercando la silla.) Yo vengo á ver á esa señora; y á esa señora, yo no la conozco.

OLV. Le presentaré á eya; somos primas.

TRINO ¡Ar pelo!... Quiero decir que... por muchos años.

OLV. No digamos primas carnales, porque mi parentesco viene por la parte de los Monturque. Soy rama femenina del árbol del marido.

TRINO Güena persona.

OLV. ¿El marido? Ya lo creo. Un tantico... ó varios tanticos, alegre de cascos... En fin, que el chico es joven, y tiene aún la cabeza yena de muñecos.

TRINO Y de muñecas.

OLV. ¿Usté le conoce?

TRINO ¿Quién no conoce en Andalucia, siquiera de nombre, á don Rodrigo de Monturque?

OLV. ¡Qué mozo tan bien plantado, tan elegante y tan lucido!... Tóo un Monturque. ¡Lástima que con sus calaveradillas ande tan extraviado! Cuatro años van ahora que no le vemos, ni sabemos á punto fijo de él. Ni nosotros ni su mujer, que la tiene en el limbo.

TRINO ¡Y á mí que me han dicho que su mujer es una divinidad!

OLV. ¡Cuando usté la vea!... Una criatura como una palma. Con un jeme de cara y un poder de ojos y un rumbo de majestad, que aqueyo es gloria y es embeleso. Y muy afable, y muy saláa en el hablar, cuando no se acuerda de sus duelos.

TRINO Si me han contado que fué famosa...

OLV. Eso antes de su casamiento; nueve ó diez años hace. Entonces era cuando había que verla; ¡una escultura! En fin, eya es de Lucena, y ya sabe usté que ayí está el criadero de las mujeres guapas.

TRINO Las de ojos verdes.

OLV. Pues ¡para que en la propia Lucena le pusiesen el dictado de la real moza!...

TRINO ¡Digo, si movería terremoto!

OLV. De los cuatro reinos venían los galanes á pretenderla.

TRINO Y de toa esa procesión de novios...

OLV. Este pícaro de acá hubo de ser el que la alcanzase. ¡Y ya ve usté qué suerte!

TRINO Que no semos náa en este mundo. Así suelen concluir toas las reales mozas.

OLV. Acá se la trajo, porque esta es la casa solariega de nuestro linaje, y ar poco tiempo, la historia de siempre: las ferias, los caballos, el juego...

TRINO Las mujeres...

OLV. En esa materia, pecador deshecho.

TRINO Tóo el sexo, hija mía, tóo el sexo.

OLV. ¡Ay, qué maridos! ¿Por qué no se contentará cada uno con su cada una?

TRINO Por el equilibrio, señora; porque sobran muchas.

OLV. Pues aquí el equilibrio no se mantuvo, porque todo vino á tierra. Ese loco no ha tenido atadero. Ayá fueron caudales, mientras los hubo; y en seguida, ayá fueron empeños é hipotecas, y papeles firmaos, y pleitos, y embargos, hasta no quedar del patrimonio de los Monturque ni tan solo una peseta.

TRINO También concluyen así los grandes patrimonios; como las reales mozas. Unos y otras sucumben entre las manos de un real mozo. Afortunadamente... Oiga usté... Afortunadamente la real moza tendría su dote mu apañadita y mu saneada.

OLV. De la dote tampoco se ha salvado un céntimo.

TRINO ¡María Santísima! También se la yevó la galerna.

OLV. Eya otorgó y firmó tóo lo que á ér le dió la gana, y... lo que usté ha dicho: como si hubiera pasao una nube. Esta misma casa en que vive la pobre, el mejor día se la quitan.

TRINO Pues entonces, ¿de qué se mantiene esta mujer?

OLV. Los parientes, que no la abandonamos.

TRINO ¡Eso es! Tiene usté razón, que también me han hablado de los parientes. Pues á eyos.

OLV. ¿Qué dice usté?

TRINO Digo que, por supuesto, tóos ustés serán ricos.

OLV. Dinero é influencia nunca han faltado en nuestra familia. Yo, en particular...

TRINO Tiene usté... (Indicando dinero.)

OLV. Tengo muchísimas relaciones.

TRINO Influencia, mardita la que va ha hacer falta; pero con parientes y dinero, vamos, que me da el corazón que tóo esto no va á ser náa.

OLV. Pero ¿qué es tóo esto?

TRINO Que lo arreglaremos, y luego tierra encima.

OLV. ¡Jesús! Exprésese usté claro.

TRINO Lo que conviene ahora, es que yo me encuentre al habla con esa señora y que le exponga cuatro razones á la apreciable parentela...

OLV. Aquí nos reunimos casi todas las tardes los más ayegados.

TRINO Pues aquí se podrá celebrar el congreso.

OLV. ¡Quiéralo Dios, y sepamos qué misterio es el que usté se trae!... Ahí yega uno, y los otros no podrán tardar.

TRINO Perfectamente.

ESCENA IV

DICHOS, DON ANTONIO. Durante las últimas frases del diálogo anterior, don Antonio ha aparecido por el fondo y ha tirado de la campanilla de la cancela; el cordón de ésta ha jugado dejándola abierta, y por ella entra el personaje expresado. Viste de negro con levita y sombrero de copa.

ANT. Buenas tardes nos dé Dios.

OLV. Muy bien venido sea el señor alcalde.

ANT. No le tomes afición al título, sobrina, ni nos

demos mucho tono, porque no soy más que interino, en ausencia del propietario.

OLV. Bueno, sobresaliente de alcalde; pero ahora usté está matando.

TRINO ¿El señor es el alcalde de la población?

ANT. Interino.

TRINO Haga usté el favor de presentarme.

OLV. Con mucho gusto. Tío, le presento á este amigo: Don... ¿Cómo ha dicho usté?

TRINO ¡Por vida de la memoria!... Don Trino García del Salto, á su obediencia.

ANT. Muy señor mío.

OLV. Venga usté acá á mecerse un rato.

ANT. (Sentándose.) No será hoy mucho.

OLV. ¿Va usté á desertar de la tertulia?

ANT. En cuanto salude á Araceli y tome un vaso de agua fresca de la alcarraza. Por ahí está ese palurdo, harto de bellota, ese Juan de Dios...

OLV. El brazo rústico de la parentela.

ANT. Acabo de verle; aquí le tendréis, sin que Dios os valga, dentro de muy poco, y á mí se me indigesta ese pariente grosero y zote.

TRINO ¡Y yo, que si usté me lo permite, he de rogarle que no se aleje y aguarde á que se reunan tóos los entrantes de esta casa!...

ANT. ¿Usted? ¿Y con qué objeto?

OLV. El señor don Trino viene á hablar con Araceli y con tóos nosotros.

ANT. ¿De qué asunto?

TRINO De cosas, así, algo serias. Ya he dicho á esta dama que tengo conocimiento... y amistad...

ANT. ¿Con quién?

TRINO Con su pariente, don Rodrigo de Monturque.

ANT. (Poniéndose vivamente en pie.) Ese nombre no se pronuncia ni se recuerda en esta casa.

TRINO Usté perdone.

OLV. No empecemos, tío Antonio.

ANT. No empezamos, sino seguimos abominando ese nombre y desterrándole de nuestros labios y de nuestros oídos. El que le lleva es un malvado, digno de todos los rigores...

TRINO ¡Si estamos de acuerdo!
OLV. ¡Pobre muchacho!
ANT. Y si usted, como anuncia, viene á hablarnos de él, sepa que malogra lastimosamente su tiempo y su diligencia. Y demos punto, y mande usted otra cosa.
TRINO ¡Pero, señor, es lo grande! Si aún no sabe nadie a lo que vengo...
ANT. Sea á lo que fuere.
OLV. A ver; que lo diga.
TRINO Usté verá, cuando me oiga la señora...
ANT. No le oirá á usted.
OLV. Por la escalera aparece.
TRINO Permítame que la aguarde.
ANT. Como guste; pero es inútil. (*Se dirige á la escalera.*)
TRINO (*Bajo á Olvido.*) Este señor es un Maüser.
OLV. ¿Le está usté oyendo? Es el único á quien Rodrigo no ha sacado un céntimo.

ESCENA V

DICHOS, ARACELI y DON JERÓNIMO. *Aparecen en la escalera; ella apoyada ligeramente en el brazo izquierdo de él y parándose en algunos peldaños para hablar hacia arriba.*

ARAC. Tú les vigilas; ya sabes... A los libros primeramente, y después al piano. Y les repites que no te den guerra, porque les dejo sin cenar. (*Bajando, á don Jerónimo.*) ¡Pobrecitos! ¡Qué ferocidad!... ¡Me causa una pena regañarles así, con esta rabia!..
JER. Hay que irles educando.
ARAC. ¡Ya estaba usted aquí, tío Antonio!... ¿Y tú, golosa? Buena cuenta habrás dado de mi tarro.
OLV. Conversé con este cabayero.
ARAC. Gracias le doy, aunque no sé quién es, porque te entretuvo la boca.
TRINO (*Saludando.*) Trino García del Salto, mu servidor de usté.
ARAC. (*Mirándole friamente; permaneciendo en pie.*) Gracias. ¿Y á qué se debe su visita?

ANT. A motivo bien ocioso.
TRINO Señores... todavía no he dicho náa...
OLV. Verdad, que no he visto secreto más hondo.
ARAC. ¿Qué es ello?
ANT. Cosa inútil.
TRINO Yo soy... ó he sido, un amigo de su señor esposo de usté.
ARAC. No hará él de usted gran confianza, cuando no le ha enterado de que venir á este sitio á mentarle es inferirme agravio, igual que á las personas respetables de mi familia.
TRINO Usté perdone, mas á toa la familia interesa...
ARAC. No nos interesa nada referente á ese sujeto que es amigo de usté.
OLV. Que venga el señor á otra hora...
ANT. Que no vuelva.
JER. Eso debe hacer.
ARAC. Y si por él vino usted enviado, cuéntele lo que está viendo: que aquí ya no nos acordamos de él, y que su nombre despierta repulsión, enojos... dolor, acaso; interés, ninguno.
TRINO A mí no me envía él... Pero, en fin, ya que ustés se empeñan en que no han de oirme... Ya que, al parecer, se alegrarán de lo que ocurra... Corriente; nos alegraremos tóos.
ARAC. Vaya usted enhorabuena.
TRINO Piénsenlo ustés... Usté en particular, señora. Yo no me güervo á Córdoba hasta mañana por la tarde. Si lo piensan mejor, por ahí estoy... Que me busquen en er Casino, en las piezas de adentro. Y ustés me manden...
OLV. Reconózcame como una amiga.
TRINO He tenido mucho honor...
OLV. Y hasta que nos veamos en alguna feria.
TRINO Ustés lo pasen bien. (*Vase por el fondo.*)

ESCENA VI

DICHOS, menos Trino. JUAN DE DIOS por la segunda puerta de la derecha. Durante esta escena va anocheciendo.

OLV. Pero, ¿á qué vendría ese hombre?

ARAC. (En pie, pensativa.) Eso me pregunto yo. ¿A qué vendría?...

JER. ¿Y qué casta de pájaro será ese?

JUAN (Apareciendo.) Ese... ¿No le olieron ustés? Ese es de la hermandad de los que yevan á domicilio la filoxera y er canuto de la langosta.

ANT. (Disgustado al ver á Juan de Dios.) ¡Adiós, mi dinero!

OLV. ¡Nos cayó la casa á cuestas!

JUAN Conmigo ha venío en er coche dende Aguilar, y ar punto le extendí la cédula de úrtima clase. Y Dios sea con ustés, que no he saludao.

ARAC. Bien venido, Juan de Dios.

JUAN Servidor de usté, don Antonio... Don Jerónimo, y de usté.

OLV. Y mío... supongo.

JUAN ¡También, doña Orvido! ¿Qué mala partía me ha hecho usté para...

ARAC. Sentémonos.

ANT. Véngase por acá, don Jerónimo. (Siéntanse; don Antonio y don Jerónimo lo hacen separados de los demás.)

JUAN Usté, á los que se la juega de puño es á los años, que se los va usté comiendo, y siempre tan fresca.

OLV. ¡Ya pareció aqueyo!

JUAN En güena hora se diga. Antes se le acabó á usté er dinero que la juventud.

ANT. (A don Jerónimo.) ¿Ve usted que impertinencias?

OLV. ¡Mude usté de conversación, hombre! Aquí nunca se habla de años ni de dinero, más que cuando usté baja de su cortijada.

ARAC. Déjeme usted á Olvido en paz.

JUAN Güeno; pues *requiescant in pace*. ¿De qué se pué hablar?

ARAC. De sus negocios.

ANT. De sus corrales.

JUAN Mis negocios .. ¡regular! Los trigos van muy crecíos y muy bonicos, y er ganao tóo cría, y la mujer güena, y los chicos, partiendo los pedernales con los dientes.

ANT. ¡Ea! ¡Y ya está hecho el cuadro de la felicidad humana!

JUAN ¿Y á usté, qué tal le prosperan las cosas? Ya habrá lograo su pretensión de meterse en los presupuestos del Estao.

OLV. ¡Quiá, no, señor! Aun no estoy nombrada clase pasiva.

JUAN ¡Pues pa *sécula* sin fin!

OLV. Tóo debido, por supuesto, á mi pereza; que si yo tirase de los alambres... En Gracia y Justicia tengo un primo, y otro en el Supremo de la Marina.

JUAN Pues si el de Marina no le ayuda á usté á pescar...

OLV. ¿Dónde no tendré yo un primo?

JUAN ¿A que no tiene usté uno que me haga alcalde de allá, de mi pueblo?

OLV. ¿No lo habia de tener? Yo tengo primos para tóo, porque mi madre tuvo once hermanos y ninguno cantó misa.

JUAN A usté sí, don Antonio, que le han dao la arcaldía de aquí. Sea enhoragüena.

ANT. Me ha tocado esa china.

JER. En buen mareo le tendrán á usté.

ANT. Cada cual debe cumplir su obligación; esta es la mía.

JER. ¿Y será por mucho tiempo?

OLV. Dios lo haga; porque de tener el padre alcalde, á tener el tío, no irá mucha diferencia, ¿verdad?... Y yo tengo que pedirle á usté dos ó tres cosas.

ARAC. Que mande celebrar dos ó tres ferias.

JUAN O que coloque en er Ayuntamiento á dos ó tres primos.

OLV. Empleos son; sí, señor.

ARAC. ¡Vamos, déjale tranquilo, fastidiosa! Bastan-

tes habrá que le persigan. Y, sobre todo, no hacerle que ejerza de alcalde dentro de mi casa. Aquí viene tío Antonio, en su calidad de pariente y jefe respetable de los Monturque, á olvidar sus cuidados de autoridad y los que le da la política; cosa que yo le recompenso brindándole con panales y agua fresca de mi fuente. ¿No toma usté hoy su vasito?

ANT. Dámele, que apeteciéndome está desde que he entrado. (Araceli se levanta y sirve el agua á don Antonio.)

OLV. ¡Que obsequiosa siempre!

ARAC. Oro en polvo quisiera yo para todos ustedes, que acorren y valen en sus soledades á esta viuda recoleta.

JUAN ¡Vaya una viuda, con el marido vivo y coleando!

ANT. (Imponiéndole silencio.) ¡Chist!

JUAN ¡Si, de eyo hay que hablar!

JER. ¿Puede existir viudez más desolada?

ANT. ¡Bribón!

OLV. Y tú... no puedes negarlo, hija... Tú acordándote de él. Tú no le olvidas.

ARAC. No le olvido, no. ¿Qué más puedo hacer en pro de mi dignidad, que reprimir mi sentimiento y ostentar el agravio? Pero pienso en él, sí; en él, que me abandona, que me vende, que me desprecia, que me mancilla... y allá, en el rincón oculto donde me confío á mí propia mis tristezas, lloro su alejamiento y su desamor; y rezo por él en la iglesia, y por él vivo con los siete puñales aquí clavaditos, pasándome el corazón, lo mismo que una Dolorosa. A ustedes, ¿por qué se lo he de negar? Con los extraños quiero y debo fingir; con ustedes el disimulo fuera hipocresía.

JER. Debes hacerte superior al poder de ese sentimiento.

ARAC. A nadie ofende y subleva en mayor grado que á mi, la vida desordenada de Rodrigo; á nadie tampoco atormenta y daña con crueldad más dura. Por otra parte, el amor

que aquí está sepultado es un amor altivo, sentimiento orgulloso que acepta el dolor antes que la bajeza; por eso calla, y sufre, y se refrena, como el pobre vergonzante en el secreto de su miseria, y caerá exánime primero que clame piedad y mendigue un socorro. Cuatro años que mi marido no se acuerda de mí ni de sus hijos. Si de verdad fué pasión enamorada la que le impulsó á hacerme su esposa; si no fué, simplemente, el afán jactancioso de vencer en la contienda á otros que me ambicionaban, aquella ilusión fué tan breve, que ni duró siquiera lo que imponía el respeto. Pasó la ráfaga, y todo lo llevó consigo; mi corazón y mi hogar, uno y otro los hallé devastados. Mi marido se aburría en el reposo de este albergue, que yo llenaba de flores y de aves cantadoras; mientras le acariciaba yo, vertiendo sobre su frente toda la ternura de mi alma, él atendía inquieto á los sones de algazara y fiesta que recorren á todas horas esos espacios de la tierra andaluza. ¡Qué desencanto y qué traición!... Desde el punto en que esta casa fué la mía, acabó de ser la suya. Huía, solicitado por el placer, que cantando llegaba á convidarle al mismo pie de nuestras rejas; huía, pero al menos regresaba. Después de cada escaramuza, éste era su hospital de sangre. Yo, la hermana que le asistía, aliviándole piadosa y perdonándole amante. Cierto día sopló el remolino más fuerte, rodó hasta más lejos... ¡Dios sabe á donde!... y mi marido no volvió.

JUAN — Ya no quedaba aquí más que er cascote...

ARAC. — No sabemos de él. De tarde en tarde cae de la balija del correo una carta con la fecha probablemente mentida, llena de excusas y contriciones hipócritas; como no creo en ellas, jamás producen en mí un movimiento de esperanza ni de vacilación.

JER. — Así debe ser.

ARAC. — Ya ven ustedes si conozco mejor que ninguno el rigor de las cosas y si las juzgo con

toda la lucidez de mi pensamiento. Justicia severa y fría, también la hago; tal y como usted la demanda, tío Antonio.

ANT. En nombre de los Monturque afrentados.

ARAC. Fiera justicia. De él no se habla aquí; su memoria está desterrada. Su nombre ofende como si fuera voz de blasfemia. Mi puerta le está cerrada; aquí no entraría, si volviera, más que á trueque de salir yo y quedarme sin techo. Sus hijos, no saben si es vivo ó muerto, ni le llaman, ni le esperan, ni osan preguntarme por él. La dignidad de la esposa, pues, está servida; la ley de los Monturque está acatada. Pero ¡olvidar al infame, eso, imposible! Yo velo el altar de mi ilusión, aunque esté profanado; yo guardo el sepulcro de mi amor y beso su cruz y cojo sus flores. Olvidarle, no, porque él fué mi elegido, á él dí mi alma, y á él juré lo que estos labios no habían de jurar más que una sola vez en toda la vida.

JER. Muy mal haces, muy mal.

ANT. Esa debilidad es vergonzosa.

ARAC. No se arrancan las raíces más que descuajando la tierra.

ANT. Se corta el árbol á cercén.

ARAC. No tengo esa fuerza.

OLV. Por más que te predique tío Antonio...

JER. Y yo.

OLV. Y yo, que también la sermoneo. No, pues ahora, para la segunda Pascua, no habrá más tío pásame el río; te secuestro, si es menester, y te vienes conmigo á la romería del Rocío, la de Almonte. ¿Ustés no han estao en eya? ¿Ni usté tampoco, Juan de Dios?

JUAN Ya sé yo que es de primera.

OLV. Lo que hay que ver. Con las carretas, y las hermandades, y los estandartes... y los bueyes que se humillan delante de la ermita... ¡animalitos!... Cuarenta y ocho horas seguidas de función y de baile. Ya verás como ayí te orvidas de tu viudez y de las plagas de Egipto que aflijen á nuestro sexo.

JUAN ¡Qué más plaga que un baile de cuarenta y ocho horas!

ARAC. Pues Olvido las resiste.

OLV. Y me quedo tan templáa para la otra feria que sigue, que es la de Córdoba.

JUAN Me figuré que aquí estaría don Rafael Tristanez, pues se haya en Cabra, según me han dicho, y me interesa verle.

ARAC. No ha venido hoy por acá.

JER. Se habrá vuelto á Sevilla.

OLV. ¿Sin despedirse de Araceli? No lo creo.

ARAC. (Con cierta amargura.) No se habrá ido, no.

OLV. Cosa segura. (A Juan de Dios.) Aguarde, que usté verá aquí á don Rafael.

ANT. Otro loco Pero al fin, ese no es Monturque.

JER. Es Tristanez, y también su nacimiento le obligaba á mejor conducta.

JUAN Ese aún no se ha arruinao.

JER. Camino va de ello si no sienta la cabeza.

OLV. Pudiera ser que él conociese á ese don Trino.

JUAN Der figurón ese, yo me encargo. Lo buscaré donde sea, y con toa la mala intención que Dios me ha dao, haré que me cante en la mano er toquete de su venida.

ARAC. Sí; procúrelo usted.

ESCENA VII

DICHOS, ROSARIO por la segunda puerta de la derecha

ROS. Señora...

ARAC. ¿Qué pasa?

ROS. Que si la señora no acude, esos angelitos no estudian ni náa.

ARAC. ¡Cómo se entiende! A la lección de música. ¡Qué tenor y qué *prima donna* van á salirme estas dos criaturas! No pueden sufrir la solfa ni el piano.

JUAN Que dejen er piano y cojan la guitarra; verá usté.

ANT. No dice este hombre más que sandeces.

ROS. Allí se han puesto á hacer castillos con las fichas del dominó..

ARAC. Eso, sí; grandes arquitectos. Dispénsenme un momento, que voy á meter en cintura á esos dos rebeldes.

ANT. No seas blanda. Y adiós, que yo no puedo aguardarte.

ARAC. Adiós, tío.

ANT. Muy buenas noches.

OLV. Vaya usté con Dios. (Vase don Antonio por el fondo.) A bien, que también yo me despido.

ARAC. ¡Quietecita ahí!.. ¿Qué es eso? Y quieto todo el mundo. ¿Tan presto van á dejarme sola?... ¡Si bajo en seguida! Rosario, alumbra el patio. (Rosario coge el servicio de la mesa y se va con él por la izquierda. A poco vuelve á salir con una luz y enciende el farol del patio.) Que nadie se mueva. Pues ¡si ahora es cuando empieza á dar gusto! (Mirando hacia la izquierda.) ¡Oh! .. Que habrá entremés y todo, para distracción y regalo de aburridos. (Dirigiéndose á dentro por la puerta de la izquierda.) ¡María de Gracia! Ven acá, mujer.

OLV. ¿Está ahí la Jilguera? Entremés y tonadilla.

JUAN O responso; según er viento.

ARAC. Sal acá; yo te llamo.

ESCENA VIII

DICHOS. LA JILGUERA por la izquierda

JILG. ¡Bendito y alabao zea er Zantísimo Zacramento der altar!

JUAN ¡Hola, Jilguera!...

JILG. ¿Qué me manda la zeñora?

ARAC. Cántales á los de mi reunión tus oraciones y tus coplas. ¡Anda! Entretenles mientras yo bajo.

JILG. Es que yo con quien tenía que hablar era con ucencia.

ARAC. Bueno, pues me aguardas. (A Rosario.) Alúmbrame tú, niña. Vuelvo al instante. (Vase por la escalera, precedida de Rosario, que lleva la luz.)

JILG. Zerá ucencia zervía.

ESCENA IX

OLVIDO, LA JILGUERA, DON JERÓNIMO y JUAN DE DIOS

JER. Corriendito, abuela; vengan esos primores.

OLV. Luce delante de don Jerónimo todo lo que sabes.

JUAN Y lo que nos sabemcs tóos, de oírselo á eya.

JER. Diga, diga la buena mujer.

JILG. ¿Y quién e zu mercedes es er que me va á dar una perriya?

JER. (Dándole una moneda.) Tómela.

OLV. Y echa por esa boca.

JER. ¿Qué es lo que nos vas á recitar?

JILG. Tóo lo que zu mercedes quieran. Yo diré la oración de Nuestro Pare Jezú e la Púrpura, la der Zeñó e las tres caidas, la de la Vinge de las Anguztias, que es mi patrona, porque zoy de Granáa... ¡Ay, mi Granáa, que no te he güerto á ver!... Y la de la Vinge de la Zierra, patrona de Cabra:—«Zanta Mare zoberana,—lucero de la mañana,—roza, lirio y claveyina,—danos tu gracia divina...» Y la de las Animas, y la der Triunfo der Ave María, y la der Angel, y la de Zan Zebastián, «mocito galán—que zaca las niñas á pazeá,—y la de Zan Antón,—barbudo y tristón—que mete á las viejas en zu rincón.»

JUAN Las oraciones en misa, mujer.

OLV. Dinos la relación de la mora hechicera, que convirtió á los siete infantes en siete cipreses.

JUAN O la der Suspiro der Moro, cuando Boabdil reventó er cabayo.

JILG. Eza... mizte... eza, vale otra perriya.

OLV. Désela, Juan de Dios.

JUAN Pa costarme er dinero, mejor me lo gasto en argún cantar de esos que saben á gazpacho. Vaya la perriya... (Le da una moneda.) Y á ver si le dice usté cuatro cositas güenas á doña Orvido.

OLV. Pídaselas usté pa su mujer, que la triste no conoce otras coplas que las de la zarabanda.

JUAN A eya, á eya.

JER. Cuidado con lo que se habla.

JILG. No paze zu mercé faitigas, que lo que jabla la Jirguera tóo tiene bula der Pare Zanto e Roma. Pues pa mi zeñora doña Orvido... zi no se enfada conmigo...

OLV. Dila, dila, mujer; tengo correa.

JILG. Pa uzía, cuando zale ar pazeo, y á la procesión, y á la feria con tóos sus perejiles:— «Por la caye abajito—va mi comare,—con er abaniquito—dale que dale.—Dale que dale,—y vaya si dió,—que con el aire, del aire,—ze le quebró.»

JUAN (Riendo.) ¡Já, já!... ¡Güena está la copla!

OLV. ¿Quiere usté ahora oir la suya?

JUAN Sí, señora; venga, y ahí va otra perriya.

OLV. No, si esa la digo yo, y de barde.

JER. ¡Vaya, vaya! Suspéndase la pedrea y mejor será que nos cante la Jiguera algo de sentido.

JILG. No, zeñó; cantar, no zeñó, manque uzía perdone. Ezte pito ya no zirba como en argún tiempo, cuando me yamaron la Jirguera. Entonce zí, que cantaba yo pa bailar y pa ezcuchar. Hoy esta Jirguera lo más que hace es piar... ¡pi, pi, pi!... pa que le ayeguen er arpizte.

JER. ¿Y cómo es eso, mujer?

JUAN Vive muy afligía.

OLV. Suspira por su Granada, lo mismo que si fuera una monfí de la Alpujarra.

JER. ¿De Granada es usted?

JILG. ¡Ay, mi Granáa!... Zí, zeñó; yo zoy de ayí. De la cuesta de Chapiz... ¿Uzía ze acuerda?... Zegún ze va pa er Zacro Monte, aonde icen que zomos gitanos, y no e verdad, que no lo zomos.

JER. ¿Y por qué no se vuelve usté allá?

OLV. ¡Uy! .. Esa historia la saben en Cabra hasta las chicuelas de la amiga.

JUAN Y esa sí, que no vale la perriya.

JILG. (A don Jerónimo.) ¿No ve uzía que?... cómo ze

me escapó mi hija... La criatura más divina de tóos los arrabales der mundo, y no lo igo pa ofender á nadie. Porque era una flor é los Cármenes, y en eya tenía yo mi espejito de oro pa mirarme ar zol. Pues yo, probesita, por no verme zola, cogí y zaqué á almoneda mi menaje, y zalime tras eya pa traérmela otra vez.

OLV. Y aquí, en Cabra, se le acabó el dinero.

JILG. Zí, zeñó; ezo é... Y acá me estoy, porque como han pasao muchos años... ze han entreverao los caminos, y ahora ya no ze yega á Granáa más que en ferrocarril.

JER. Si aquí tiene usted su pasar...

JUAN La mar se gana de perras chicas.

JILG. De las más chicas. Mientras pude trabajar, me yamaban pa mandaos y menesteres... Ahora... lo que me dan las güenas almas y lo que saco de las hierbas.

OLV. Eso; que también ejerce de herbolaria.

JILG. Der monte vengo, y le traigo á la señora su manojiyo de salvia y hierba-luiza, pa la zalú de zus niños, que er cielo ze los conserve, por lo güena que es conmigo y lo que me ampara.

JER. (Dándole dinero.) Tome usted y sírvala con voluntad y cariño.

JILG. Aumentao se lo vea uzía de gloria.

OLV. ¿Se marcha usté, don Jerónimo?

JER. Estoy citado en la notaría. Díganle á Araceli que procuraré venir puntual para la cena.

JILG. Yo ze lo digo, que la he de hablar sin farta. Vaya uzía descanzao y enhoragüena. (Vase don Jerónimo por el fondo.)

ESCENA X

DICHOS, menos DON JERÓNIMO. A poco, ARACELI, por la segunda puerta derecha

OLV. ¡Ay, qué buen sujeto es ese don Jerónimo!

JUAN Como que sin él no arderían aquí las lámparas.

OLV. No le echo más en cara, que la enemiga que le tiene á Rodrigo.

JUAN Er angelito tóo se lo merece.

ARAC. (Saliendo.) ¿Se marchó tío Jerónimo?

JILG. Que hará por gorver cuanto antes.

JUAN Y yo también tomo la puerta, que quiero pasarme por el Casino, á ver si doy con ese presonaje.

OLV. Ese don Trino... A ver si le quita usté el embozo.

ARAC. Venga á decirme lo que averigüe.

JUAN Mañana, si argo saco en limpio. (A Olvido.) Adiós, prima.

OLV. Aunque usté no quiera.

JUAN ¡Que tiene primos en toas partes! Hasta en mi cortijáa. (Vase por el fondo.)

ESCENA XI

ARACELI, OLVIDO y LA JILGUERA

ARAC. Cuando gustes, allí está aguardándote tu doncella.

OLV. Pues me iré, porque ceno esta noche con las de Azuero. ¿Dónde me aguarda? Ya; por la puerta de la labor. Es claro, pues por ahí como das al campo, se queda á estas horas tan solitario... Y me voy sin haber visto á don Rafael.

ARAC. ¿Se habrá marchado, en efecto?

OLV. ¿Qué apostamos á que no?... ¡Marcharse él, sin despedirse de tí! Créeme, que está más prevalicao que nunca.

ARAC. ¡Calla, calla, y no seas enredadora! Al cabo no es él ningún necio, y puede haber desistido de lo que se le muestra tan ciertamente como imposible.

OLV. ¡Tontuela, precisamente por eso! Los hombres no le toman querencia ar yunque, más que cuando machacan en frío. Además, que Rafael es un cristiano... muy moro, y tiene lo que tenéis tóos los Tristanez, de Lucena, hija... que toos echáis lumbre como los velo-

nes, vuestros paisanos. Tú verás, que viene er doncel á la horita en que ér sabe que se despide la tertulia.

ARAC. ¡Estás muy agorera!

OLV. En fin, no te apures; acaso se haya vuelto á Sevilla.

ARAC. Dios lo haga.

OLV. (Besándola.) ¡Que no lo hará! (Vase por la izquierda.)

ESCENA XII

ARACELI y LA JILGUERA

ARAC. (Sentándose junto á la mesa, con cierta inquietud, de la que no se da cuenta.) Vamos á ver: ¿qué quieres tú?... ¿Qué es lo que tienes que hablarme?

JILG. Lo primerito que quiero, e que la zeñora... eza cara de paraíso que tiene, me la mueztre cuajáa de zonrizas, como si juera un plantel de rozas mosquetas.

ARAC. ¿Y lo segundo?

JILG. Lo zegundo, que me oiga las noticias que le traigo, que hoy zi que son de cuenta.

ARAC. ¡Vamos, anda con Dios! Ya conozco tu sonata. Noticias, noticias... y nunca sabes nada. Que hoy me van á decir, que me lo dirán mañana... que la semana que viene... Y cierta persona que ha de marcharse; y luego otra persona que ha de venir. Y todo es fantasía tuya, buen deseo, Dios te lo pague, pero jamás me remedias con dos dedos de luz. ¡Vete á paseo!

JILG. Zi es que ahora zi que ha yegao una prezona...

ARAC. ¿Quién?

JILG. Er que ucencia adivina.

ARAC. ¡Mi marido!... ¿El?... ¿Dices que él?

JILG. En carne y güeso.

ARAC. ¡Mentira!... ¿Cómo lo sabes tú?...

JILG. Pues náa más que por la vía de estos dos ojos.

ARAC. ¡Le has visto!
JILG. Y le he hablao.
ARAC. Mas ¿cómo?... ¿en dónde?....
JILG. Er cómo y aónde es lo que voy á declarar á la zeñora.
ARAC. ¡Dí... refiere... en seguida!... Pero ¿le has visto?
JILG. Gorvía yo der monte de coger mis hierbas, cuando yegué ar pie der alcor aonde está er cobertizo de los toros bravos. Y cátate que me zale ar pazo Frasquito, er boyero.—Véngaze usté conmigo, agüela.—¿Aonde?—A la choza, que ayí está er amo.
ARAC. Y tú fuiste y hallaste en la choza...
JILG. Ar excelentízimo, eminentízimo zeñó don Monturque, esposo de ucencia.
ARAC. ¿Y hablaste con él?... ¿Qué te dijo?
JILG. Lo primero jué mirarle yo hecha un azombro. Mu desfigurao, zeñora de mi arma; que no paece aquer cacho de hombre que hacía voltear las campanas.
ARAC. ¿Le viste enfermo?
JILG. Enfermo, no lo querrá mi Mare é la Gracia; pero mu demacrao, ázina como zi zaliera de hacer penitencia.
ARAC. ¿Y qué te dijo?... ¡Habla!... ¿No ves qué pesada te estás poniendo?
JILG. Ayí estaba zentao á la puerta de la choza, y le zalué y me ijo, ice:—«Jirguera, yo sé que eres tú la fiel confidente é la zeñora.» Lo cual que era verdá, y yo le respondí que á muchísima honra.
ARAC. Sí, bien... Prosigue.
JILG. —«Ahora mismo te vas y la buscas, y le dices que yo estoy aquí, que regreso de un viaje mu azaroso y quiero gorver á mi casa...
ARAC. (Con vehemencia.) ¡No!
JILG. «Que quiero gorver, y que te iga eya como va á recibirme.»
ARAC. (Emocionoda, venciendo en la lucha que sostiene consigo misma.) ¡No, no!... ¡No ha de volver, no puede, no quiero!... ¡Abrirle yo mi puerta, olvidarme del dolor de estas heridas que manan sangre, traer la profanación al san-

tuario de mis hijos, recibirle otra vez á mí lado y ponerme al nivel de su indignidad! No ha de ser. Mi enojo es justo y santo, y es el único alimento de mi amor. Si soporto el ultraje es que lo merezco. Este triste reposo en que vivo es el único girón de mi dicha que he salvado. No se lo dejo desgarrar. (Volviéndose vivamente á la Jilguera, que aguarda, echa unos pasos atrás.) Vas á volver á la dehesa ahora mismo. Ya es de noche; no importa. Llegas como puedes.

JILG. ¿Y le digo que no venga?

ARAC. ¡Que no venga, no!... Que se vaya, que huya otra vez, que vuelva á olvidarse de estos sitios y de quienes están en ellos. Que esta no es su casa ni aquí tiene esposa, ¡ni me queda en el corazón aliento más que para seguir muriéndome!

JILG. ¿Se lo igo azí, zeñora?

ARAC. ¿No lo has oído?... Como te lo mando. ¡Y vete... vete, que no te vea yo más, que no te oiga más! Vete; obedece. (Se sienta; tapándose el rostro con las manos.)

JILG. ¡Es una puñaláa que voy á clavarle!... (Se queda parada á espaldas de Araceli.)

ESCENA XIII

DICHAS; RAFAEL por la cancela. Viste traje corto de herradero ó monte, con sombrero cordobés

RAF. (Entrando.) Muy buenas noches.

ARAC. (Irguiendo la cabeza.) ¿Quién?... ¡Ah! Rafael. (Levantándose.) ¿Aún por aquí?

RAF. ¿Queda un retacito de tertulia?

ARAC. Los tertulios ya se han retirado.

RAF. Me retrasé porque estuve visitando mis yeguadas. Pero habrá una prórroga para mí sólo. (Sentándose decidido.) Aún es temprano.

ARAC. (Viendo á la Jilguera, con enojo.) ¿Estás ahí todavía?

JILG. No, zeñora. ¡Zi me he marchao jace rato! (Echa á andar.)

ARAC. Que te den ahí dentro algo de cenar. Y después, á lo que te he mandado. (Vase la Jilguera por la izquierda.)

ESCENA XIV

ARACELI y RAFAEL

ARAC. Has esperado á que me dejasen sola.

RAF. Eso esperé.

ARAC. Vienes, pues, á traición...

RAF. A corazón abierto. Palabras tan claras son las que vengo á decirte, que has de ver en ellas resplandecer la luz del mediodía.

ARAC. ¡Luz en tus palabras!... Cuanto más francas, más negras. Nunca me hablaste que no fuese para envolver mi alma en sombras y terrores. ¿Qué deseas ahora? ¿Qué nueva explicación suscitas?

RAF. Explicación, ninguna. Quiero, sencillamente, comunicarte un propósito.

ARAC. Dale su verdadero nombre: una amenaza.

RAF. Algo es de eso; tienes razón.

ARAC. ¡Y amenazando viene un hombre bien nacido!

RAF. De bien nacido me precio; y por tal razón mis arrebatos, que son frecuentes, no suelen ser duraderos. Si he insultado á un hombre, corro á darle satisfacción; si maltrato á mis lacayos, luego voy y les recompenso; si castigo mi caballo, le acaricio en seguida pesaroso. Me bato á muerte, y en tocándome la vez disparo al aire mi pistola. Siempre que mi juicio llega á tiempo de apagar mi sangre, la cólera se rinde y el ánimo se enfrena. Pero en esta porfía brava de mi amor desesperado, me arrastran otras fuerzas, y soy otro hombre, sin voluntad ni poder que me defiendan.

ARAC. ¡Pobre Rafael, estás loco!...

RAF. Y para tí, ¿qué novedad es esta? ¿Cuándo me viste á tu lado con la razón serena? Eramos niños, y ya enloquecí viendo desple-

garse esa belleza tuya, que iban cincelando las manos mismas de Dios soberano. Decían nuestros padres que habías de ser mía; y Lucena, nuestra ciudad oculta, con su cielo tan alegre y sus calles tan silenciosas, me parecía el jardín vedado en el cual yo tenía escondido el secreto de tu hermosura. ¡Gloriosa demencia aquella, de esperanza y de orgullo!... Te conocieron otros, y te denunnunció la fama, y llegaban los enamorados á perseguirte y á rogarte; y enloquecí de celos. Y vino el hombre funesto, ladrón de tus gracias y de tus virtudes; vino aquel hombre á alucinarte, y te llevó consigo... ¡y mi locura fué de dolor y de coraje... la que me domina desde entonces, la que no ha cesado!...

ARAC. ¿Por qué te gozas?...

RAF. Sí; ya sé. ¿Por qué me gozo en repetirte eso?... Eso, que ya te he dicho cien veces, ¿no es verdad?... No arde aquí dentro otro pensamiento, y aún habrás de oirlo otras tantas y otras mil

ARAC. Te engañas, porque esta es la última vez que presto oídos á tus temeridades. Traspón esa cancela, Rafael; no vuelvas á este sitio, el único donde tu condición se desmiente; no vuelvas y concluyan estas escenas en las que aun á mí me haces culpable porque las tolero.

RAF. ¡Me arrojas!

ARAC. Te arrojo, sí. Mas no por indignación, que esa mucho tiempo hace que la siento y la reprimo, sino por lástima y pesar de verte tan olvidado de quién soy y de quién eres.

RAF. Me tienes lástima. Mira cuán abatido es mi estado, que te lo agradezco. Si en aquel tiempo en que yo era tu primero y único enamorado hubiese advertido que me tenías lástima, habría estrellado contra tu reja mi corazón soberbio para que vieses que no aguantaba tal injuria. Hoy me es grata tu piedad, porque sólo en ella veo el camino de mi consuelo.

ARAC. Bien sabes que en ese camino no te aguarda mi compasión, sino mi entereza.

RAF. Oyeme, Araceli; que yo no intento ofenderte ni atribularte. Mira: te respeto, pero te amo mucho más que te respeto. Cuando te perdí, cuando te me robó ese hombre, ¿no viste demostrada mi resolución de olvidarte?

ARAC. Aquella fué digna y generosa resolución.

RAF. Marchéme huído de mi ciudad tranquila y cobijada. En Sevilla estoy desde tu casamiento, y allí vivo complaciéndome en la labor voluptuosa de corromper mi espíritu y dilapidar mis riquezas. Brillo, triunfo, juego, corro azares y aventuras; aturdo mi cabeza, embriago mi corazón, pero no te olvido. Con el alma puesta en estos rincones donde te conocí y donde vives, suspiro por cualquier ocasión que me llame á intervenir en algún negocio insignificante de mis haciendas. Cada vez que vuelvo á verte se encona el dolor de haberte perdido y clama con mayor brío el anhelo por recobrarte. Retrocedo ante tu crueldad... pero á cada retirada se ha ido haciendo más hondo el despecho de la derrota, ¡y esta vez no he de ser yo el vencido!

ARAC. Lo serás siempre; que me ha dado Dios esfuerzo de vencedora.

RAF. No luchemos aún; sígueme oyendo. Crees cumplir tu deber, y estás obcecada. Ni tu deber, ni el mío nos imponen nada en este caso. A mí, ¿qué ley me obliga al miramiento con el infame cuyos derechos me recuerdas? Todavía, después que él me despojó de los míos,—¡más santos que los suyos, porque eran el sacramento de mi juventud y la consagración de toda mi vida!—yo me habría sometido ante el solio de tu honra y tu felicidad si él te las hubiera dado. ¡Pero me despojó, el canalla, y te abandona, te desprecia, te escarnece. Pensó en alcanzarte por vanagloria y te hizo suya por jactancia. Para él fué una apuesta, batir un *record*, y á mí me quitó la vida.

ARAC. ¡Qué inútil tortura me estás dando!

RAF. ¿Y á tí, qué ley te obliga? Tú no amas ya á ese hombre.

ARAC. ¡Oh, sí! ¿Qué señal ves de lo contrario? A los Monturque, porque lamentan su desdoro, y á los Tristánez, porque os doléis del mío, tolero el constante acriminar conque hacéis de este sitio tribunal á todas horas. Pero os oigo, os doy la razón, fallo con vosotros, ejecuto la pena; y, sin embargo... mira tú, qué misterios del alma... llevo luto por el delincuente. Soy fiel al sentimiento puro de mi juventud. Lo concebí embebecida, y no importa el desengaño. Todo el incienso se ha desvanecido, mas dura la lumbre donde lo vertí. Quiero á mi marido; sábelo. Yo también he de repetirte esto otras cien veces y otras mil.

RAF. ¡Y te resignas á tal humillación! ¡Qué haces aquí, sepultada en esta tristeza; sola en este hogar, manteniendo el culto del marido prófugo, del tahur; lejos del mundo, donde reinarías, negada á las glorias de la existencia, á la luz que te solicita, á la lisonja y al placer que te arrullarían con sus cantos.

ARAC. ¿Intentas seducirme?... ¿De qué me hablas? ¡Cantos, luz, homenajes! ¿Ignoras que las galas del que sufre son sus propios dolores? Yo no quiero más deleite que el de esta soledad. Mira el séquito de mis penas; también ellas tienen corte. Estas flores que cultivo y riego; estas aves que por mí aletean; estas fuentes que corren y bullen; mis salas aljofifadas y mis muebles bruñidos; mis gentes sencillas y leales. Este es mi mundo, Rafael, y en él también hay dichas, y halagos... (*Fijándose en el son algo distante de dos voces de niño que solfean al piano.*) ¡y canciones! Atiende; ¿no las escuchas?... ¿Oyes esa salmodia de voces perezosas, ese plañido de teclas atormentadas? ¡Mira tú, qué armonía tan dulce para regocijarse un alma! Son mis niños que solfean. Tú no sabes que á escuchar estos gorjeos también entra en

esta clausura el sol con sus rayos más alegres, y el aire puro de los campos, y bajan los ángeles á besar mi frente. Adiós, Rafael, Que la Virgen te acompañe. Yo me voy con mis hijos.

RAF. Oye, pues, mi última palabra. Serás mía. Tengo riqueza y estoy desesperado. Mira si soy fuerte. Compraré á tus fieles, sorprenderé tu retiro, alzaré gente, asaltaré tu casa. ¿Quién te defenderá de mí? Estás sola.

ARAC. ¡Ah! ¡No lo estaré!

RAF. ¿Quién te podrá valer?

ARAC. Tú has de verlo. ¡No estaré sola, no! Ven cuando quieras.

RAF. (Desde la cancela.) ¡Sí, volveré, sí!

ARAC. Ven cuando quieras. (Vase Rafael.)

ESCENA XV

ARACELI, LA JILGUERA por la izquierda. Al marcharse Rafael, Araceli va á la cancela, la cierra y echa el cerrojo; luego se dirige a la puerta de la izquierda

ARAC. ¡María de Gracia!... ¡Jilguera!... Todavía estará ahí. ¡María de Gracia!...

JILG. Ya estoy andandito, zeñora.

ARAC. Dile que venga, que le aguardo; que le llamo, que necesito de él.

JILG. ¡Eze zí que va á zer correo de guzto!... ¡Vivan los quereles finos y los corazoncitos e oro!

ARAC. No te detengas.

JILG. ¡Zi ahora e un desírselo á ucencia!... que ya estará ér caminito de eztos lugares, pues ensiyao tenía ayí er cabayo pa echar á andar.

ARAC. Sal á su encuentro; vé. Hasta que des con él.

JILG. Ar trote cochinero. Y á lo lejos que le vea, le publico la nueva. ¡Güerve, güerve, golondrina, que los campos ya eztán verdes!... (Vase apresurada por la derecha, segundo término.)

ESCENA XVI

ARACELI

¡Su hogar y su honra! ¡Que vuelva, sí!... ¡Que venga á defenderlos! Á él le toca. Quizá permita el cielo que haya quien me ultraje, para abrirle á él esa puerta y que por ella penetre con la dignidad y el realce del salvador. ¡Bendito ese insensato, mil veces bendito, que él me lo devuelve!

ESCENA XVII

ARACELI, DON ANTONIO por la derecha, segundo término

ANT. Araceli... Sobrina. Creí que ya tendrías ese portal cerrado.

ARAC. ¿Usted otra vez aquí?

ANT. Solo un instante. Me aguardan en la alcaldía. ¡Vengo indignado!

ARAC. ¡Jesús! ¿Qué pasa?

ANT. ¡Ya tenemos noticias!... ¡Ojalá no vinieran!

ARAC. Noticias. ¿De quién?

ANT. Dejado está de la mano de Dios. Tu marido, Rodrigo, de él te hablo. Tengo esta carta de don Pedro Alduna, mi amigo... ya sabes... el de Córdoba, el banquero. Despachando estaba la firma cuando me entraron este ominoso papel. (Le alarga la carta.)

ARAC. (Tomándola y devolviéndosela á don Antonio.) Léamela usted. Yo no acierto...

ANT. Pues que ya ha puesto aquel malhadado el colmo á sus fechorías. Ya sabía yo que rodaría toda la pendiente.

ARAC. ¡Me tiene usted aterrada!

ANT. Bien es que te aterres. No sabe aún don Pedro muy á las claras lo que ocurre; pero se apresura á darme una voz. Algo muy feo, sobrina, muy vituperable.

ARAC. Otra locura.

ANT. De locura pasa. Un delito; negocio de justicia. Fraude, ó suplantación, ó qué sé yo...

Cosa negra y vergonzosa. Que Rodrigo se fugó de Córdoba, donde, al parecer, estaba últimamente; ya anda huído, perseguido quizá... Y que si nos place acudir, allí investigaremos y enmendaremos. ¡No hay que acudir! ¡Ni yo, ni tú, ni nadie!

ARAC. ¡Tanta degradación, Dios mío!

ANT. ¡Si viviese mi hermano y mirara su nombre enlodado de tal suerte!...

ARAC. ¡Triste de mí!

ANT. Vine volando. Allí dejé la firma abandonada. Eso es lo que sucede. Adiós; tengo en la alcaldía tarea para toda la noche. Llámate al sigilo mientras ello no trascienda, que ya trascenderá. Pero aquí, todos nosotros quietos y pasivos. Perdido está; que acabe de perderse. Anatema implacable.

ARAC. ¡Oh, sí, sí!

ANT. Nos ha cubierto de vergüenza. (Vase por la derecha, segundo término.)

ESCENA XVIII

ARACELI

¿A qué vendría entonces?... ¿Qué amparo me prometo de él?... Es un apestado. ¡No puede entrar aquí, no!... Un momento de ilusión, un relámpago de esperanza... ¡y todo me lo niegas madre mía, Virgen santa de la Amargura!

ESCENA XIX

ARACELI, RODRIGO. Oyense fuera, al fondo, las pisadas de un caballo que se acerca lentamente; á poco entra por el portal del vestíbulo, Rodrigo, en traje de camino, polvoriento y fatigado, y se acerca á la cancela. Araceli, sentada á la izquierda, vuelve la cabeza y al reconocer á Rodrigo se queda en su sitio aterrada, sin mirar á la cancela.

ARAC. (Al oir el ruido.) ¿Quién llega?... ¡Oh, es él!... (Atendiendo, sin mirar, en voz muy baja.) ¡Es él,

Señor divino!... ¡Es él! (Queda silenciosa, jadeante, como queriendo ocultarse, siempre de espaldas á la cancela y sin mirar á ella.)

ROD. (Después de llegar á la cancela, recorrer el patio con la mirada y descubrir á Araceli.) ¡Araceli!...

ARAC. (Levantándose y volviéndose con ademán severo.) ¡No puedes entrar!

ROD. Vengo enfermo, aniquilado, perseguido. ¡Piedad, Araceli! ¡Otórgame una limosna de calor y amparo!

ARAC. ¿Dónde los buscas; si esta no es tu casa?

ROD. Es la tuya.

ARAC. La mía tampoco. Es la de mis hijos.

ROD. ¡Por ellos!... Por ellos te pido un bien de hospitalidad. Que no tengo un rincón donde me cobije, ni hay una mano que se me extienda, ni otro refugio y salvación más que el sagrado de tu misericordia. A tí vuelvo, ¡á tí, que fuiste mi amada, que lo eres todavía; á tí, mi único socorro, mi última esperanza! ¡Piedad, favor, que vas á verme morir delante de tu puerta!... ¡Araceli, compasión de mí!

ARAC. (Conmovida, descorre el cerrojo y abre la cancela.) ¡Entra!

ROD. (Precipitándose en el patio con transporte.) ¡Oh, gracias! (Coge las manos de ella para besarlas.)

ARAC. (Reprimiéndole.) ¡Silencio!... ¡No te oigan!... ¡Que te persiguen!... Ven. (Le conduce hacia la escalera.—Cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Sala de paredes enlucidas, con friso de nogal y techo artesonado. En el centro del fondo gran reja corrida de alto abajo, que guarnecen numerosas macetas de flores de varias clases, algunas de ellas de enredadera que se ensortijan por los hierros. En el marco de la ventana varias jaulas colgadas. En la parte de adentro cortinas replegadas, de encaje blanco. A través de la reja se ve la calle inundada de luz. A la izquierda del mismo fondo, puerta que comunica con la escalera principal. Dos puertas, una á la derecha y otra á la izquierda, ambas en segundo término, y con cortinajes de damasco, que tienen bordados en cada uno de sus paños los blasones de la casa. Junto á la puerta de la derecha, el estrado que forman un canapé, sillones y alfombra. En el centro de la sala una mesa cuadrada con tapete de damasco como el de los cortinajes, y también con los blasones bordados en el centro. Sobre la mesa una araña que pende del techo. En las paredes, cornucopias y antiguos retratos al oleo con anchos marcos. Sillas y sillones convenientemente situados. Cuatro de los últimos alrededor de la mesa. Los muebles todos acusan una antiguedad de cincuenta ó sesenta años. Suelo de limpio y reluciente enladrillado. Un reloj de caja, tambien antiguo, á la izquierda de la reja. Sobre el canapé del estrado pende una cinta para tirar de la campanilla. A la izquierda, primer término, un escaparate con una Dolorosa y una lamparilla apagada delante.

ESCENA PRIMERA

ROSARIO; LA JILGUERA.—La primera está cerca de la reja limpiando las jaulas, poniendo en cada una de ellas alpiste y hojas de escarola y colgándolas después en su sitio. La segunda entra por el fondo.

JILG. Güenos días nos dé Dios.

ROS. ¡Jilguera!... ¿Quién le ha dao á usté permiso para subir á la sala?

JILG. ¡Miruzté er premiso!... ¡No zabes que zoy la favorita de la real majeztá que vive en este palacio? ¿Estás cuidando los pajariyos?

ROS. Sirviéndoles el chocolate. (**Mostrando la jaula que tiene en las manos.**) Este sí que es el favorito de la real majestad. ¡Canario más cantador!

JILG. (**Acariciando el canario.**) ¡Chiquito!...

ROS. ¡Con su moño tan cuco!... ¡Ea! á cantar. (**Cuelgá la jaula y toma otra.**) Pues ¡y este jilguero!

JILG. Eze e de los de mi cazta.

ROS. No canta usté como él.

JILG. Si las jembras cantáramos como los machos, ¿aónde iríamos á parar?

ROS. ¡Pues más que alborotan estos y son machos todos! ¡Vaya unos conciertos arman!

JILG. ¿Tú has eztao en los bozques de la Alhambra?... ¡Ayí zí que zeoyen zerenatas!... ¡Como que ayí van á aprender la zolfa tóos los ruizeñores der mundo! ¡Ay, mi Granáa!

ROS. Pero. ¿por qué ha subido usté aquí?... Ya está tomando otra vez por la escalera abajo.

JILG. No te tuerzas conmigo, mujer. ¿Quiés que te dicte la oración de las niñas bonitas pa que les zarga novio?

ROS. ¡Si me enseñara á mí la de las feas!

JILG. Pa las feas no hay oración: ningún zanto quiere oirlas.

ROS. Vamos; márchese usté.

JILG. Tengo que hablar con la zeñora.

ROS. La señora no está para oir á nadie.

JILG. ¡Qué zabes tú!

ROS. Vaya, sí sé. Anoche no se sentó á la mesa y dejó á Don Jerónimo que cenase solito. ¡Mire usté que con un huésped, ella que es tan cumplida!

JILG. Güeno, ¿y qué más? Porque ezo ya lo hemos visto tóos.

ROS. ¡Anda, y qué más!... Que se subió á esta sala y aquí se encerró, y no se ha acostao en toda la noche.

JILG. ¿Y cómo zabes tú ezo?

ROS. Lo sé, porque como me había quedado con la zozobra... pues he venido muchas veces á escuchar y á mirar por el ojo de la llave.

JILG. ¡Jezúz! Ezo está mar hecho.

ROS. El cuidado...

JILG. Los ojos de las yaves no zon para mirar. ¿Y qué has visto?

ROS. ¡Ahora quiere usté mirar por los míos!

JILG. ¡Zi ze te huye de la boca!

ROS. Pues en este sillón la he visto clavadita toda la noche. ¿Estará enferma? ¿O qué será lo que la haya atormentado?

JILG. Lo que haya zío, éjalo tú.

ROS. Ahora poco le subí una taza de leche, y en su cámara se entró.

JILG. Entonces cierra er pico y no charles más, que estará quebrantando er zueño.

ROS. ¡Qué ha de dormir! .. Véala usté.

ESCENA II

DICHAS, ARACELI por la izquierda

JILG. ¡Alegría, que ya zale en esta casa er zol!

ARAC. (A Rosario.) ¿Levantaste á los niños?

ROS. Sí, señora. Y muy extrañados que están porque la señora no entró á besarles y á dictarles las oraciones.

ARAC. ¡Pobrecitos míos!

ROS. Les dije que la señora estaba un poquillo indispuesta, y allí se quedaron tan cuidadosos los angelitos.

ARAC. Vete con ellos. Diles que ya estoy bien. Que

no ha sido nada, que luego entraré. Y que estudien allí muy quietecitos las lecciones de la mañana.

JILG. Y que yo iré después á referirles un cuento e azombros y prodigios.

ARAC. No les dejes salir, ni vengas tú por acá mientras no te llame.

ROS. Está muy bien. (Vase por la derecha.)

ESCENA III

ARACELI y la JILGUERA

JILG. (Acercándose á Araceli con ademán misterioso.) Aquí estoy yo, zeñora, pa lo que zea mester.

ARAC. ¿Recogiste el caballo?

JILG. Y aun no echaba Dios zus luces cuando ya ze lo yevaba Frasquito, er pastor, otra vez á la dehesa.

ARAC. Muy bien, gracias.

JILG. ¿Y qué tar ha descanzao er señor? ¡Que venía er hijo de mi arma escuartizaito!... Ya zé que ucencia... ¡Bendita, que es ucencia la propia espuma der oro!... Ya zé que le estuvo velando er descanso.

ARAC. ¿Qué estás diciendo?... ¿Qué te figuras?... Esa es una equivocación muy grande. El señor no ha descansado aquí, ni ha amanecido en casa.

JILG. ¡Madre mía der Carmelo!

ARAC. Partió anoche mismo. Fuera está ya. ¿Por qué te metes á presumir sobre lo que no sabes?

JILG. Náa; porque ziempre ha de haber más cofrades que candelas.

ARAC. Guárdame silencio, María de Gracia; que no se adivine nada de lo que ha pasado.

JILG. Ni la tierra ze ha de enterar.

ARAC. ¡Por tu salud! Ya ves que yo también soy tu confidente. ¿No sabes nada de tu hija?

JILG. Mire ucencia... Pa sabido que er zeñó iba á tomar la ruta otra vez... que yo le hubiera

pedío la cariá de extender por donde juese algunas voces...

ARAC. ¡Pobre Jilguera! ¡Si no la hallarás! ¡Si no vendrá á buscarte!

JILG. Hoy espero á una prezona de acá, que güerve de Coín y de Ronda, y dicen que habrá pasao por Málaga la beya; y eza presona me ha de dar razón, porque en Málaga es donde eya estaba hace año y medio, cuando me mandó esta ropita que traigo puesta.

ARAC. Pero llamarte, nunca, ni venir por tí.

JILG. Esta vez pué que zí; porque le ije á la prezona:—«¡Dígale usté que güerva, que me voy á morir sin verme en mi Granáa!... Y me prometió que ze lo diría. Er punto está en que la haya encontrao. (Llorando.) ¡Dios lo premita, ó que me recen los parenuestros, porque en perdiendo la esperanza, yo mizma me iré á mi zepultura, y ayí me encontrarán acurrucá y muertecita!

ARAC. No llores.

JILG. Estoy mu triste.

ARAC. Vamos, anda con Dios. ¡Y silencio!

JILG. Ya zabe ucencia que á esta Jirguera ze le ha parao er canto. Que ucencia lo pase bien. (Vase por el fondo.)

ESCENA IV

ARACELI

Nadie sospeche que se encuentra aquí. En esta casa no tiene un amigo. (Mirando á la puerta de la izquierda.) ¡Yo sola te defiendo, yo sola! En pago del nuevo dolor que vienes á traerme, te anticipo un don de hospitalidad; te abrigo, te fortalezco, y olvidada de mis orgullos, velo á la puerta de tu escondrijo, convertida en tu encubridora.

ESCENA V

ARACELI y RODRIGO por la izquierda

ARAC. (Sobresaltada al verle.) ¡Rodrigo!... ¿Por qué sales?... Aguarda. (Corre á cerrar la puerta del fondo; mira luego por la de la derecha.) ¿No reposaste?

ROD. ¿Cómo dormir? Era imposible. Pero en esa quietud sosegué el alma, y amanezco recobrado. (Avanza por la escena, examinándolo todo con embeleso.)

ARAC. (Acercándose á él.) ¿Y ahora, Rodrigo?...

ROD. No me hables aún de nada. Otórgame un momento de indulto.

ARAC. Piensa que avanza el tiempo...

ROD. Esta es mañana de tregua para mis angustias. Despuntó el día, ¡y reconocí esta luz que iluminó mi infancia! ¡Me acarició este ambiente!... ¡Qué apacible morada!... Este es el sol amigo constante de nuestra reja; estos sus rayos, que pasean nuestras cámaras y reposan en nuestro estrado... Esa que canta es nuestra fuente... Ese que late es el compás de nuestros viejos relojes... El bullicio de los pájaros, el olor de los jazmines; esta calma, esta sombra, esta frescura... ¡mi casa! El lugar de mis días honrados. Déjame que lo salude.

ARAC. ¡El que tú has perdido!

ROD. Lo he perdido, sí. Mas deja; que lo llamo mío, no con el ánimo de holgarme en él, tranquilo y risueño, sino para recordarlo luego allá, en la ausencia y en la tribulación. Perdí mi casa, y ese es mi título; que no puedo, harto lo sé... vivir en ella; ¡pero llorarla, añorarla, tener en ella mi pensamiento... ese es un derecho de mi dolor, para eso siempre es mi casa!

ARAC. Sagrado te ofrece ahora; descansa en ella y templa tu inquietud. (Sentándose á un lado de la mesa.)

RODRIGO. (Sentándose al otro lado.) ¡Qué purísimo aseo! ¡Qué regalado abrigo! Parece que aún me esperaba tu amor, como en algún día.

ARAC. No, Rodrigo. Mi amor no te espera ya. Mi amor, no le mientes.

ROD. Y sin embargo... mira.. de aquel tiempo en que me amaste, es toda la impresión que hoy experimento. Halléme solo en la inmensidad del mundo, tuve miedo, vine á tí, me acogiste, y me siento olvidado de aquel terror, absorto con tu bondad, penoso de mis extravíos, inundado el pecho de nacientes ternuras.

ARAC. ¡Flores tardías!

ROD. Déjalas vivir. Ya sé que todo es tardío y que para mis palabras no hay eco, ni fe, ni clemencia alguna en tu corazón. Pero si se agita algo en el mío, óyeme y tolérame que lo explaye. ¿No me has dicho: «descansa en tu hogar?» Pues bien, así disfruto de tu generoso agasajo. Todo se conserva como en sitio de religión; heredaste de mi madre el culto de nuestra vivienda. El ajuar patriarcal, los históricos lienzos, el patio frondoso, la reja sonriente, todo vuelvo á hallarlo... Mas, dime, Araceli; una cosa no veo yo: ¿dónde están nuestros hijos?

ARAC. (Vivamente.) ¡Nuestros hijos!...

ROD. (Anheloso.) ¿Dónde están?

ARAC. No puedes verlos; no están aquí.

ROD. Me engañas.

ARAC. Créeme. Les he mandado alejar esta mañana. Consigo los tiene tu tío Antonio. Tus parientes y los míos te juzgan con airada severidad; y sólo á condición de que tus hijos no vuelvan á tí ni vuelva yo, mi tío don Jerónimo atiende al sustento y educación de esas criaturas. Ya ves que debí alejarlos.

ROD. Sí; es muy justo. Mas verles ahora me habría hecho bien. ¡Y no verles... no verles!...

ARAC. Es tu castigo. Inclina la frente y súfrelo.

ROD. (Después de una pausa.) ¡Serán hermosos!

ARAC. Dos ángeles. Él, una saetita de marfil y oro; ella, un lucerillo que cayó en mi falda.

ROD. ¿Y se quieren mucho, verdad?

ARAC. Mirándose el uno en el otro.

ROD. ¡Tan graciosos!... ¡Di!... Traviesos acaso...

ARAC. Revoltosuelos los dos; pero no conmigo.

ROD. De mí... ¿no te hablan?

ARAC. Jamás.

ROD. ¿Ni les hablas tú?

ARAC. Tampoco.

ROD. ¡Besarles una sola vez! ¡Oh, quién pudiera!... ¡Dormidos... por sorpresa!... (*Oyese el solfeo de los niños al piano, algo distante, suponiéndolo en la habitación más interior de la crujía, á la cual figura conducir la puerta de la derecha. Rodrigo atiende un instante y se levanta exaltado.*) ¡Me has engañado!... Son ellos... Están allí.

ARAC. No; te equivocas.

ROD. (*Dirigiéndose resuelto á la puerta de la derecha.*) Allí están y les voy á ver.

ARAC. (*Corriendo á atajarle y poniéndose delante de la puerta.*) ¡Detente! No pases. ¡Si no te esperan, si no te llaman!... ¡y les robas el pan con que les alimento!

ROD. (*Desarmado, suplicante.*) ¡Verles siquiera!... ¿Qué menos te puedo pedir?... Desde este sitio. ¡Que les vea no más, sin que lo sospechen!...

ARAC. Míra les. (*Aparta la colgadura sin soltarla y dejando solo descubierto lo preciso.*)

ROD. (*Mirando por la abertura.*) ¡Oh, ellos son!... ¡Y qué hermosos! Dijiste verdad; no es ilusión de tu cariño; son dos ángeles.

ARAC. (*Mirando también.*) ¿Ves cómo se juntan sus cabecitas?

ROD. ¡Qué grave mueve él y suspende su manita! ¿No ves?...

ARAC. Y las de ella, ¡cómo se pierden y embrollan sobre el teclado! ¿Ves qué embeleso?...

ROD. ¡Mis hijos!... ¡Ay de mí!... Tienes razón; que no me vean. Así, cautelosamente, á hurto, debe mirarles quien les abandonó, quien les mancilla. ¡Qué negra confusión la que yo sentiría en su presencia! (*Apartándose de la puerta.*) ¡Bien haces! Niégamelos, aléjame de ellos, ¡que me desconozcan, que me olviden!

ARAC. ¡Silencio! Te van á oir.

ROD. (Bajando la voz, ensimismado.) Pensé llevar de estos sitios placidez y valor. ¡No; no los llevo! Desesperado seguiré mi huida; sin resignación padeceré mi destierro.

ARAC. (Llegándose á él.) Tu destierro has dicho. Ya lo nombraste, y es fuerza, al cabo, que hablemos de eso. Serénate, Rodrigo, y resolvámonos á entrar en ese punto. Huyendo viniste, huyendo vas á salir. ¿Qué has hecho? ¿Qué has hecho, Rodrigo? ¿Cuál es tu yerro? Yo lo he de saber.

ROD. ¿Para qué?... No he de decírtelo Mi culpa es irremisible. Tú nada puedes para enmendarla. Ahórrame la vergüenza de descubrirla.

ARAC. Dime, entonces, ¿á qué viniste?

ROD. En la vasta soledad de la tierra ví una luz, y á ella corrí. ¿A qué? preguntas. Ya lo estás viendo; á nada. El instinto de la vida; una tabla á la cual me agarré, sin pensar que el naufragio era seguro. No me interrogues, pues; suéltame, abandóname. No hay lucha posible, ni yo sabría afrontarla. Soy un sér mezquino y despreciable; viví sin obstáculos, obré á mi antojo, y carezco de temple para la batalla. Cedo á la primera seducción, delinco á la primera adversidad, y no sirvo luego más que para lo que estás viendo: ¡para llorar y correr... correr despavorido, huyendo de la justa expiación!.. justa, sí! porque soy un malvado, Araceli, un rufián que deshonré mi nombre, y el tuyo, y el de mis hijos!... Nada merezco; ni tu cariño, ni tu perdón..Lánzame de tu casa.¡Soy un miserable! (Cae llorando en un sillón de la izquierda y se cubre el rostro con las manos. Pausa, durante la cual Araceli le contempla silenciosa y conmovida.)

ARAC. (Acercándose á él despacio; hablándole en tono grave é intenso.) Rodrigo... Alza la frente; seca tu llanto. Mírame: aquí está tu esposa. Yo no le tiemblo á la adversidad; á mí no me asusta el peligro. ¿Hay lucha que sostener? Lucharé á tu lado. ¿Hay derrota que sufrir?

Caeré contigo. Mi ayuda, mi compañía, mi aliento; todo te asiste. (Con ternura y ardor crecientes.) ¿Qué más te falta?... ¿Mi amor?... ¡También mi amor! ¡también le tienes, Rodrigo, mi esposo, mi amado! (Estrechándole las manos.)

ROD. ¡Oh! ¡qué dices, Araceli, salvación de mi alma!...

ARAC. ¡Sí! ¡mi amor!... Oyelo: ¡mi amor! Porque yo no he dejado de amarte un solo día. Aquí vivía oculto, solitario, prisionero, dolido de tus esquiveces, ¡pero llegan á él tus voces que claman favor, y aquí le tienes! Vuelve á tí, quiere abrigarte, quiere seguirte. ¿Perdido estás, Rodrigo? Esta es la hora de unirnos otra vez. Dios nos vuelve á bendecir. Te amo, como en el día en que te dijeron mis labios las primeras palabras de amor. Oyelo. ¡te amo!

ROD. ¡Gracias, gracias, Araceli mía!

ARAC. ¿Quién es nuestro enemigo? ¿Dónde está el el riesgo?

ROD. ¡Calla!... Eso no tiene remedio.

ARAC. ¿Ninguno existe?

ROD. Ninguno.

ARAC. Pues bien; huye. Yo iré detrás de tí. Te llevaré tus hijos. Desapareceremos, nos ocultaremos.

ROD. ¡Oh!... ¡Bendita seas! Todavía hay felicidad para nosotros.

ARAC. ¡Sí, la hay, si, porque nos amamos! (Suenan golpes á la puerta del fondo.)

ROD. (Sobrecogido.) ¿Quién llama allí?

ARAC. No sé. Alguno de los míos. (Llegándose á la puerta.) ¿Quién es?

JUAN (Desde dentro.) ¿No se puée entrar?... Ahí traigo á ese hombre .. don Trino. ¡Don Trino!

ROD. ¡Trino, ha dicho!

ARAC. Escóndete allí.

ROD. (Aterrado.) ¡Ese es el enemigo!

ARAC. Entra. Déjale que venga. (Acompaña á Rodrigo hasta la puerta de la derecha, por la cual entra él; después abre la del fondo, tras do la cual aparece Juan de Dios.)

ESCENA VI

ARACELI y JUAN DE DIOS

JUAN — Mala hora e yamar.

ARAC. — Cerré porque... estaba escribiendo.

JUAN — Usté perdone. Ya sé lo que icen, que á las flores por la mañana y á las mujeres por la tarde. Pero er negocio urge.

ARAC. — ¿Vió usté á ese sujeto?

JUAN — Le busqué, y le hayé, y quise meterle los deos en la boca; mas luego no se los metí, pa que no me mordiera, que me paece un sapo de los que tienen mal papo. Pero se trae ahí toa una arforja é misterios, y le eché er arpón, pa que usté le escuche; no tirara er diablo e la manta...

ARAC. — Sí; que venga.

JUAN — En la caye aguarda, tomando er sol. (*Saliendo á la reja y dirigiéndose á la calle*) ¡Eh, compare! Ya puée usté subir. (*Yendo á la puerta del fondo.*) Por aquí es. Arriba. Cuidao con la escalera.

ESCENA VII

DICHOS y TRINO

TRINO — Dios guarde á la gente honráa.

JUAN — Y á la otra; que se quearían muchos sin guarda. Aelante. (*Haciendo pasar á Trino, que entra haciendo saludos.*) Ahí tiene usté á la señora. (*A Araceli.*) Aquí está er cabayero. ¿No me manda usté más?

ARAC. — Gracias.

JUAN — Pues á tomar las diez. Mu güenos días. (*Vase por el fondo.*)

ESCENA VIII

ARACELI y TRINO. Ella contemplándole un momento angustiosa y con repulsión, desde el estrado, puesta en pie; él parado cerca de la puerta del fondo, en actitud humilde y oficiosa.

ARAC. (Dejándose caer en el canapé, sentada, con altivez y desesperación.) Hable. Dispuesta estoy á oirlo todo.

TRINO (Acercándose algunos pasos.) Güeno... Solo que no es menester afligirse, pues no vengo yo á hacerle mala obra ninguna á su señor esposo de usté.

ARAC. (Vivamente.) ¿A qué viene entonces?

TRINO Pues vengo á tóo lo contrario. Ya sabe ér que somos amigos.

ARAC. ¿Usted y él?...

TRINO Mu amigachos. Y á lo que vengo yo es á ver si entre tóos juntos poemos salvarle. ¡Y le sarvaremos, señora!... Verá usté como le sarvamos.

ARAC. ¿De qué?... ¿De qué hay que salvarle?... Eso quiero saber. ¿Cuál es su falta, su delito? Dígalo; hable sin titubeos.

TRINO Mire usté, señora... Obcecaciones y acaloramientos que nos asartan á los hombres. ¡Si hay pecaos que no debiera castigarlos la justicia!... A lo mejor se le desvanece er juicio ar más pintao, y los ojos ven chiribitas, y se compromete y se deshonra un mozo de provecho. ¿Aónde está er santo que puea decir: «De esta agua no beberé... y esta firma no remedaré»?

ARAC. (Levantándose.) ¡Oh!...

TRINO ¡Si somos carne mortal y la tentación nos está bailando er agua á toas horas!

ARAC. ¿Qué es eso, Dios mío?... ¿Qué ha estado usted diciendo?

TRINO Yo se lo explicaré á usté por pieza, y verasté qué senciyo. Eyo fué un azar der juego. Jugando estaba su esposo de usté una noche... como toas las noches... y perdiendo, como

toas las noches también, y como tóos los días, porque de los vicios que tiene apoderaos, ese es er más feo: er de perder sin misericordia.

ARAC. ¡Qué calvario!... Siga, siga.

TRINO Apostaba fuertecito, mú fuerte; porque ér en toa la gimnástica de la vida rumbosa siempre es hombre decidío y bizarro; pero á la vera der tapete verde, ayí se transforma en un león. A los que le mirábamos jugar... ¡cuidao que no nos asustan truenos! .. pero se nos levantaban los cabeyos de punta, hija mía, porque aqueyo era er diluvio de dinero. Ayá fueron biyetes á puñaos, y er sol y la luna, y la celeste bóveda estrelláa. Tóo barrido.

ARAC. Bien; adelante. ¿Y qué más?...

TRINO Cuando ya hubo dao cuenta der último biyete... ¡natural!... estaba er hombre en lo bravo de la calentura, y quiso continuar jugando sobre su palabra; pero eso, en nuestro establecimiento, no se permite. Aqueyo es una fundación que hemos erigío con otros dos socios, combinando los intereses, y por motivos de la moral está prohibío hacer operaciones sobre el honor. No consentimos aqueyo en que su esposo de usté se empeñaba, y entonces sería cuando debió de darle er desvanecimiento.

ARAC. ¿Cuál fué ese?... ¡Pronto!...

TRINO ¡Er desquite!... Tóo er que pierde está seguro de que er desquite le espera ayí, aderezadito, sobre er paño. Desapareció don Rodrigo como centeya que parte los aires; estuvo fuera no más de un cuarto de hora... ¿qué? diez minutos; y pasao este breve rato, se presenta otra vez despidiendo lava por aqueyos ojos; tira de cartera y arroja sobre er paño un talón der Banco, y nos copa la banca.

ARAC. ¡Por favor, abrevie!... ¡Deprisa!

TRINO ¡Quién había de pensar mal!... Er talón traía la firma de uno de los títulos de más campaniyas que hay en Córdoba... Y amigo der

señor. No hubo reparo, y empezaron los copos, y güerta er cabayero á perder, hasta que en dos ó tres horas er talón queó hecho harina, por lo cual entró en nuestra caja.

ARAC Y ese papel...

TRINO Ar otro día siguiente le dió á uno de mis socios, asín, como un olor de sospecha. Averiguamos, pa no meternos en compromiso, antes de ir ar cobro...

ARAC. Y se averiguó...

TRINO Que er talón era farso por suplantación de la firma.

ARAC. (Cubriéndose el rostro con las manos.) ¡Oh, qué vergüenza!

TRINO ¿Qué ramo de locura le pudo entrar á ese desdichao? Pero le sarvaremos. Ya ve usté; hace tres días que está vencío er plazo que se le concedió pa la enmienda, y la enmienda no ha yegao, y aún no le hemos dicho náa á la justicia.

ARAC. La justicia no les restituirá á ustedes...

TRINO Esa es precisamente la razón porque me mandan á conferenciar con la familia.

ARAC. El hecho, no obstante, ha respirado.

TRINO Porque ar pronto no sabe uno aguantarse cuatro desfogues. Además, ya sabe usté aqueyo: «entre dos, er secreto es de Dios; entre tres, es y no es; entre cuatro se lo yeva er diablo». Pero como la prueba toavia no ha salío de mi poer, no se corre por ahora peligro ninguno.

ARAC. (Ofreciéndole una silla y sentándose al lado de él.) Bien. Acérquese. Siéntese usted.

TRINO (Sentándose) Con muchísimo gusto.

ARAC. Ese papel... ¿viene usted á ofrecerlo?

TRINO Por lo que cuesta.

ARAC. Y... ¿cuánto?...

TRINO Ér mismo lo reza. Un disparate, señora.

ARAC. ¿Cuánto?...

TRINO Pues... muchos miles de duros.

ARAC ¡Cielo piadoso!...

TRINO Eso se concreta al entablar los tratos.

ARAC. (Poniéndose de pie) Usted ya sabe que nuestro patrimonio está arruinado.

TRINO — Se buscan puntales, señora. Y ahí están los parientes ricos. ¿Querrán eyos que venga la condena y vaya este nombre ilustre á arrastrarse en la ignominia? ¿Pá cuándo es er amor á los nuestros?

ARAC. — Amor, no existe ninguno.

TRINO — Pero existe la dinidá, ¡Señor!... y los deberes caritativos. Porque er peligro es grande.

ARAC. — (Venciendo su repugnancia.) Si eso... fuera poco... Si se redujera mucho...

TRINO — ¿No ve usté que yo vengo mandao?... ¡Yo dejaría ahora mismo er documento ahí hecho peazos, á las plantas de usté!

ARAC. — (Con altivez.) Bien, basta. ¿Y qué término se nos concede?

TRINO — Hasta la noche de hoy, porque me he de marchar en el tren de la madrugá. ¿No ve usté que yo vengo mandao?

ARAC. — Es usted generoso.

TRINO — ¡Si antes de la noche lo remediará usté tóo! Usté pué mucho, y crea que deseo no tener que desazonarnos.

ARAC. — ¿Ya concluyó usted?

TRINO — Sí.

ARAC. — Retírese, entonces.

TRINO — Y mu confiao que me voy. ¡Si no hay otro recurso!... ¿Le dejaremos que vaya... tóo un Monturque...? Salúdele usté de mi parte... (Hace que se va, y vuelve.) Y dígale, sobre tóo, que no confíe en la fuga.

ARAC. — ¿Que le diga yo...?

TRINO — Le tiene usté aquí escondío; cosa mu explicable. Pero ér está vigilao, y sabemos tóo lo que ha corrío: que se fué una mañana de Córdoba, metío en er mixto; que se apeó en Fuente de Piedra, ayá lejos; que de ayí se vino á cabayo por Moyina y Rute, atravesando la Sierra, y que yegó anoche. Yo también estoy vigilao, y no pueo dejarle huir. Envíeme er aviso á la fonda... Ayí estoy hasta la noche. Er respiro es poco, pero si pa la noche no se arregla eso, á la madrugáa nos hemos de marchar los dos, y ér en compañía. No se desespere usté. ¡Ahí, á demos-

trar lo que se pué y lo que se le quiere! Dios permitirá que le sarvemos. Con la licencia de usté. Hasta la noche. (Vase por el fondo.)

ESCENA IX

ARACELI

¡Oh, qué nube de infortunio, qué tempestad de afrentas!... ¡Inspírame fortaleza tú, Madre mía, mi abogada, en esta congoja, y acúdeme en esta impotencia que me ata de piés y manos, frente al peligro que avanza, que ya está aquí, que ya nos aplasta!... ¡Sálvale á él, salva á mis hijos, sálvanos á todos de la infamia! ¡Haz un milagro, porque si tú no lo haces, vencer en esta batalla es imposible... imposible... imposible! (Cae en una silla, á la derecha de la mesa, y llora desesperada.)

ESCENA X

ARACELI y RODRIGO; éste aparece á la puerta de la izquierda, demudado y corrido, quedándose silencioso y parado; Araceli le ve al levantar la cabeza, después de un momento de abstracción dolorosa

ARAC. ¡Oh, desgraciado! Ven, ven.

ROD. Ya lo has oido: soy un criminal.

ARAC. (Yendo á él y cogiéndole de una mano, con lástima y ternura.) Ven. Pasó la hora de los reproches, pasó la de los lamentos. Luchar es lo que nos toca... Pero ¡luchar! ¿Con qué armas? ¿En qué terreno, si nos rodea el abismo?... ¡Caer y rodar en el lodo; esa es nuestra única suerte!

ROD. ¡No hay salvación!

ARAC. ¡No la tenemos!... Mira en derredor: sólo desechos de ayer, miseria disfrazada, galas raídas que aquí han durado porque nada valen.

ROD. ¡Oh, tienes razón! ¡Todo arrasado! ¡No resta

un pie de tierra de aquel patrimonio tan dilatado como un reino!

ARAC. ¡Ni vestigio de aquella pompa que de príncipes parecía! Aquí no hay más que obscuridad y despojos. ¡Esta casa es una tumba!

ROD. ¡Venga, pues, el rayo! ¡Caiga y abrásemel

ARAC. (Irguiéndose, como inspirada.) ¡Aún voy á intentar un titánico esfuerzo!... ¡El de la agonía, el de la desesperación!

ROD. ¿Qué dices?

ARAC. La última prueba, el último combate. ¡Oh, sí... yo lo provocaré!... Acaso triunfemos. El encuentro será rudo, acerbo, temerario; prepárate á él.

ROD. ¿Qué es lo que intentas?

ARAC. No me preguntes. ¿Te intimidas? ¿Necesitas valor? Yo te lo daré. Ven á ver á tus hijos.

ROD. ¡Oh, qué gloria entre tanta amargura!

ARAC. Ven; ellos te infundirán todo el denuedo que te va á hacer falta. (Entra por la puerta de la derecha seguida de Rodrigo.)

ESCENA IX

OLVIDO. Luego DON JERÓNIMO

OLV. ¿Se puede?.. ¡Araceli!... Tampoco está aquí. Pero ¿por dónde anda hoy?.. (Llegando á mirar por la puerta de la izquierda.) Ni en su cuarto. Pues se habrá ido con los niños. (Dirígese á la puerta de la derecha y la halla cerrada.) ¿Qué es esto?... ¡Cerrao er paso!... ¡Uy! Paece esto una fortaleza de moros. No, pues yo doy er asarto. Ya duran mucho los misterios desde ayer tarde. A ver si por la otra escalera... (Dirígese á la puerta del fondo á tiempo que aparece por ella don Jerónimo.) ¡Ay, don Jerónimo! Mu bien venido. ¡Gracias á Dios que se le ve la cara á un cristiano!

JER. ¿Y mi sobrina?

OLV. No se muestra por aquí, ni en la planta de abajo.

JER. Me extraña eso. Ella no acostumbra...

OLV. Supongo que se habrá entretenido ayá dentro con los pequeñines.

JER. Entónces, voy... (Dirigiéndose hacia la puerta de la derecha.)

OLV. (Deteniéndole.) No vaya, porque está arzao er rastrillo.

JER. ¿Tendrá Araceli alguna indisposición? Anoche se retiró sin acompañarme á la mesa. Todo eso me parece excepcional, y abrigo el recelo de algún desabor.

OLV. ¡Ay, no, por caridad! ¡No toque usté á mar tiempo! Si ha dê venir argún disgusto, que espere, pues la ocasión no podría ser más intempestiva.

JER. Para disgustos, todas son malas.

OLV. Pero ninguna peor que esta, en que yo tendría que dejar á Araceli; porque como ya entramos en las ferias y romerias del verde, y tengo tantos compromisos, imagine con qué pena me estaria yo divirtiendo por ahí.

JER. Cierto; divertirse estando triste debe ser trance de mucha lástima.

OLV. Los disgustos, en el invierno, que se paecen juntito á la lumbre.

ESCENA XII

DICHOS, ROSARIO por el fondo.

ROS. Don Jerónimo... A usté vengo buscando.

OLV. ¿Y qué quieres?

ROS. Pa un recao de la señora.

OLV. ¿Sí? Dilo. ¡Ay, que ya iremos sabiendo argo!

JER. ¿No está bien?

ROS. A mí se me antoja que no; mas eya ha dispuesto que sí. Encerrada se queda en la sala de los señoritos.

OLV. Y ayí ¿qué hace?

ROS. No sé yo... Ha echao la llave á esa puerta, y también á la de la escalera del servicio. De modo que sola está con ellos en toda la crujía.

OLV. Pero ¿no traías un recado suyo?

Ros. Sí, señora. Me mandaba á buscar á don Jerónimo, donde quiera que estuviese.

Olv. Vamos, aquí está don Jerónimo. ¿Qué recao era ese?

Ros. Pues era que tuviese la amabilidad de venir en seguidita, en seguidita, y esperar en esta sala, que la señora tiene que hablarle, y es para cosa de mucha importancia. Me han dicho abajo que estaba usté aquí, y por eso he subido.

Jer. ¿Qué será?

Olv. Adivíneme usté esta charada.

Ros. Y con su licencia, que la misma cita he de ir á darles á don Antonio, y al señor Juan de Dios, y al señorito Rafael.

Jer. Esa es una junta de familia.

Olv. Ni más ni menos. Entonces, me doy también por citada, porque yo soy del consejo. (A Rosario.) Anda, que vengan prontito esos señores Yo ya estoy en ascuas.

Ros. Voy en volandas. Hasta luego. (Vase por el fondo.)

ESCENA XIII

OLVIDO y DON JERÓNIMO

Jer. Esperaremos.

Olv. ¡Si viera usté qué buen cuajito tengo yo para esperar! No me explico tanto misterio.

Jer. En el caso de que ocurra novedad grave, no había de publicarlo Araceli por los clarineros y timbaleros de la villa.

Olv. ¡Y también por las veinticuatro campanas de la Giralda!

Jer. No es mi sobrina tan campanera.

Olv. Aquí, en nuestra familia, jamás ha habido secretos hasta ahora.

ESCENA XIV

DICHOS, JUAN DE DIOS

JUAN ¿Se puée?...
JER. Adelante, señor Juan de Dios.
JUAN Me han dicho que aquí me yaman...
OLV. Ya sabemos; también nosotros estamos convocados.
JUAN ¿Usté también?
OLV. Soy parentela...
JUAN Entonces me tranquilizo.
OLV. ¿Por qué?
JUAN Estando usté citáa, ya es señar de que no se trata de dinero.
OLV. ¡Danzante!... Pero, ¿sabía usté argo? ¿Dió usté con er sujeto de ayer?
JUAN ¡Y cómo, si dí!
OLV. ¿Y qué le reveló á usté?... ¿Qué era aqueyo tan serio? Cuénteme usté.
JUAN ¿Usté ha de ir pronto á Seviya?
OLV. ¡Ya lo creo! Ahora, en Semana Santa.
JUAN Pues ayí está la caye der A. B. C., que es donde instruyen ar que no sabe.
OLV. Es usté tan fino como una bruza.
JUAN Si es que ayá, en er pueblo, no nos cepiyamos.

ESCENA XV

DICHOS, DON ANTONIO por el fondo

ANT. Dios guarde á ustedes.
OLV. Ya vamos estando tóos. No falta más que don Rafael. Pero ese no hay miedo que haga novillos.
ANT. ¿Y qué significa esto? ¿Con qué fin nos llama Araceli?
JER. Yo ya me figuro ..
JUAN No es difícil.

JER. Alguna pesadumbre nueva que le habrá dado su marido.

OLV. ¿Se ha sabido de él?

JER. Tiempo atrás dijéronme que estaba en Córdoba.

ANT. Salió de allí, el diablo sabe para dónde.

JER. Buen viaje; y con tal que nos deje en paz, aunque se esconda detrás de las murallas de la China.

ANT. Allí no le conoce nadie.

JUAN A no ser que ayí estuviera...

ANT. ¿Quién?...

JER. ¿En la China?

JUAN (Señalando á Olvido.) Argún primo de la señora. ¡Como los tiene en toas partes!...

OLV. Ayí no los tengo.

JUAN Es que no habrá ferias.

OLV. ¡Guarde usté formaliá, que estamos de consejo!

JER. (A don Antonio.) Tengo zozobra.

ANT. Yo, ninguna. Mi partido está tomado.

JER. ¡Ah! En cuanto á eso, también el mío.

OLV. (Que ha estado junto á la puerta de la derecha.) ¡Araceli! ¡Aquí está! ¡Abren esta puerta!

ESCENA XVI

DICHOS, ARACELI por la derecha.—Preséntase grave, sombría, dominando la emoción que experimenta. Permanece un instante parada al pie de la puerta, mirando uno á uno á los circunstantes, que la reciben silenciosos

ANT. Aquí nos tienes.

ARAC. (Avanzando.) ¡Gracias!

OLV. Don Rafael no deberá de tardar.

ARAC. ¿Tú también aquí?

OLV. No estorbaré...

ARAC. No, puedes quedarte.

JUAN (Desde la puerta del fondo.) Aquí está el señor don Rafael.

OLV. (Yendo hacia el fondo.) Mu bien venío.

—

ESCENA XVII

DICHOS, RAFAEL

RAF. (Dando la mano á Juan de Dios, al hallarle en la puerta suponiendo que se va.) Adiós, don Juan. (Sorprendido al entrar y ver á los demás.) ¡Ah!... ¡Señores!... ¡Todos ustedes aquí!

OLV. Usté yega er úrtimo.

RAF. (Llegándose á Araceli) ¿Me has llamado?

ARAC. Sí

RAF. Aquí estoy.

ARAC. Dios te lo pague. (A todos.) Siéntense ustedes.

RAF. (A Olvido.) ¿A todos llamó?

OLV. ¡Creía usté que á usté solo!... ¡Qué constancia la de ustél... ¡Siempre soñando! (Siéntanse todos: don Antonio en el centro, detrás de la mesa; don Jerónimo, junto á ésta, en un sillón de la izquierda; Rafael al mismo lado, distante de los otros dos; Juan de Dios, á la derecha, en uno de los sillones del estrado; Olvido, en el canapé; Araceli, á la derecha, entre el estrado y la mesa.)

ARAC. (En tono resuelto, después de una pausa.) Rodrigo está aquí.

ANT. (Levantándose indignado.) ¡El!... Debes arrojarle.

JER. (Lo mismo.) O yo sobro en este sitio.

RAF. (Lo mismo.) ¿Qué busca ese canalla?

JUAN Ar cabo de los años mil...

OLV A su casa viene.

ARAC. ¡Oiganme! ¡esperen!... ¿Desde cuándo he perdido el derecho á la atención de los míos?... (Don Antonio, don Jerónimo y Rafael que habían hecho ademán de salir, se detienen.)

ANT. Habla. (Se sienta nuevamente y lo mismo don Jerónimo.)

ARAC. (A Rafael que sigue en pie.) Rafael...

RAF. Porque tú lo ruegas. (Siéntase.)

ARAC. Sí; aquí está. Yo le recibí. El, heredero de haciendas y blasones, llamó á la puerta de esta casa, desvalido y humilde como un mendigo.

ANT. Digno colmo de tal vida.

ARAC. ¡Sí; bien!... Nada os importe, nada os aflija, la penitencia de ese hombre triste. Pero es que trae á estos parajes algo más, algo peor que pobreza y desvalimiento. Es que le sigue la amenaza de una desventura afrentosa, y la oscuridad de esa nube viene á envolvernos á todos: á mis hijos, á mí, á vosotros, al solar ilustre y honrado. Ya está batiendo estos muros la ola fiera de esa gran desgracia... ¡y para eso sí que clamo á vosotros y os imploro auxilio con voces de tribulación y espanto!... Vosotros, Monturques, brazos aun robustos de este árbol sin sombra... Usted, guardador y huésped de aquel techo amado de Lucena... Y tú, Rafael, corazón hidalgo, hermano de mi niñez, domador de tu propio genio, reparador de tus propias venganzas... ¡oidme, valedme, franqueadme todos el pecho! Rodrigo está perdido sin remedio ni esperanza. ¿Queréis salvarle? ¡Os lo pido por él, por mí, por mis hijos, por el amor de Dios!

ANT. Es indigno de toda protección, como lo es de toda lástima. El, que tal hizo, justo será que tal pague.

JER. ¿Y no pudiera esta ser una nueva superchería para sorprendernos, como tantas otras que lleva ensayadas?

RAF. Es su mayor destreza: sorprender y alucinar. Dígalo Araceli.

ARAC. ¡No.. no os conmuevo!... Ya lo esperaba. Otra cosa es más fácil, y os quebrantará el terror, ya que no la piedad. Voy á mostraros el delito, aquí desnudo y fiero; vais á ver al reo perseguido, al primogénito de claro linaje, que camina, avanza, rueda hacia el presidio... No tendréis valor para dejarle hundir. (Corriendo á la puerta de la derecha.) ¡Rodrigo!...

ANT. ¿Qué intentas?

ARAC. ¡Rodrigo!

ESCENA XVIII

DICHOS y RODRIGO

ROD. ¿Qué quieres?

ARAC. ¡Sal aquí!...

ROD. (Confuso al ver á los parientes.) ¡Oh, Dios!... ¿Por qué me obligas?

ARAC. (Cogiéndole de la mano.) Aquí están; mírales. Tus deudos y los míos. Aquí están sin duelo, sin cariño, sin entrañas. Nos abandonan y nos condenan. Háblales; que te oigan declarar tu culpa, que contemplen la corriente brava á que te entregan.

ROD. ¡No, Araceli, no!...

ARAC. ¡Habla!... (A los otros.) Oidle. (A Rodrigo, fija en él la mirada dominante.) Habla.

ROD. (Decidiéndose á hablar.) Ahí, á mi puerta está aguardándome la denuncia, el proceso, la pena infamante. Obrad como os plazca. Yo nada os pido, yo nada quiero. (Cae postrado en una silla de un rincón. Pausa.)

OLV. Yo... si se puée hablar...

JUAN (A Olvido.) Deje usté á los otros.

ARAC. Sí; habla tú, querida Olvido.

OLV. Pues mi sentir es que no debemos abandonarle.

JUAN Pues yo digo... ya que también se oye á los minúsculos... que yo... aunque soy de la familia, á mi parentesco no le alcanza un galgo... y ustées perdonarán, pero no pueo correrme.

ANT. Dilapidó el mayorazgo, encanalló mi estirpe. Yo nada debo hacer por él.

JER. Ha hecho desgraciada á Araceli, la flor lozana de nuestro vergel, la gala y orgullo de los Tristanes.

RAF. Y agostó mi juventud, y ennegreció mi vida.

ROD. (Levantándose, desde su sitio.) Tú no debieras haber sido llamado. Eres un envidioso de mis dichas, y ahora te solazas con mis desgracias.

RAF. Calla; tú no puedes cruzar la palabra conmigo.

RODR. Si pudiera pedirte explicación...

RAF. No la obtuvieras, porque tampoco puedes cruzar tus armas con las mías.

ARAC. ¡Le insultas, Rafael!...

ROD. Déjale que me insulte. A eso ha venido; no á otra cosa.

RAF. Vine rogado.

ROD. ¡Me declaras indigno de cruzar contigo mis armas, y me denuestas luego!... ¡Eres un valiente!

RAF. Aunque tú lo dudes.

ROD. Puedes probármelo.

ARAC. ¡Basta, Rodrigo!

ROD. De tu valor darás muestra, si te atreves á poner de nuevo los piés en esta casa, de la cual te arrojo.

RAF. ¡Tú arrojarme!

ROD. Sí; de esta casa te arrojo, donde criminal y perseguido, é infamado y todo, aún soy el dueño y el poderoso, porque aún tengo aquí gloria y honra que defender: el amor y el respeto de esta mujer, que me ampara en mi hora mortal y me hace objeto de tu envidia.

RAF. El amor de tu víctima.

ROD. ¡Calla! ¡Calla y sal de aquí! ¡Salid todos!... Me queda, para mi salvación en la tierra, un camino en el que no podéis atajarme. ¡Id, y si desplomo sobre nosotros esta casa, dejadnos en paz, sepultados bajo las ruinas! ¡Id, y no volváis! No vuelvas, Rafael, porque aquí estaré yo guardando mi casa.

RAF. (Desde la puerta.) Sin embargo, ¡volveré!

ROD. ¡Ay de tí, si vuelves!... (Vanse los parientes, que han ido agrupándose á la puerta del fondo.)

ARAC. (Abrazando á Rodrigo.) ¡Rodrigo!...

ROD. ¡Ay de él, si vuelve!... ¡Ay de él! (Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO (*)

La misma decoración. Es de noche. Sobre la mesa del centro dos candeleros, cada uno con su bujía encendida.

ESCENA PRIMERA

OLVIDO sentada y la JILGUERA por el fondo

JILG. Mu güenas noches. ¿Zabe usía aonde está la zeñora?

OLV. ¿Pa qué la buscas?

JILG. Ezo no lo zé yo más que azí... á medias.

OLV. Pues si tú no lo sabes...

JILG. No, zeñora. Yo vengo con er mandao, pero no zé lo que tiene dentro. Como er correo que yega con las cartas, que trae mucho que leer, mas ér no ze entera.

OLV. ¡Ah! ¿Traes tú alguna carta?

JILG. Tampoco lo pueo decir.

OLV. Pues el cartero lo dice.

JILG. Es que er cartero sirve á too er mundo, y yo no sirvo más que á la real moza que tiene aquí su reino.

OLV. ¡Sí; güen reino y güen reinao!

JILG. Verdad que en ér deben de haber sucedío noveaes mu tristes.

OLV. Cosas mu gordas, hija mía.

JILG. Esta tarde se ha quedao er patio dezierto.

(*) Este acto y el final del anterior han sido refundidos después de la primera representación de la obra.

OLV. Ya ves; ¡tan alegre!...
JILG. Dezierto y oscuro.
OLV. Aquí ya se ha concluído er entretenimiento.
JILG. Er entretenimiento y las confituras.
OLV. ¡Qué lástima!
JILG. Porque ze conoce que ha caído mucho acíbar en los azúcares de la señora.
OLV. Mírala, aquí la tenemos.

ESCENA II

DICHAS y ARACELI por la derecha

OLV. (Saliéndola al encuentro.) ¿Cómo estás, corazón?... ¿Te has tranquilisao?
ARAC. Ya ves.
OLV. Aguardándote estaba.
JILG. Y yo también he venío á la audiencia.
ARAC. (A Olvido.) ¿Qué querías?
OLV. Verte, hija de mi alma; verte y despedirme...
ARAC. ¿Te marchas?
OLV. Esta misma noche. ¡Ay, er traqueteo que me aguarda!
JILG. Ya encomienza usía á pasear ezos peacitos de feria en feria.
OLV. Sin posibilidad de perder una sola, ó dejaría er suelo andaluz sembrao de resentimientos.
JILG. Pues ya le cae á usía que correr.
OLV. ¡Oh!... Asusta. (A Araceli.) Mira tú. Mañana, á Montoro. Inmediatamente, pero sin respirar, á Seviya, pa piyar de un solo tiro la feria y la Semana Santa. Er veintidos, á Carmona, y er veinticinco, á Mairena. Eso náa más que en er mes de Abril. Pues, ¿y en Mayo? ¡Er movimiento continuo! Er dos, en Posadas. Er doce, en Osuna; tres días que paecen tres esalaciones eléctricas, porque aqueyo es er delirio de músicas, pólvora y vorteretas por tóo lo arto. Y he de sacrificar un día de los tres, si quiero yegar con tiempo á Rute, pa presenciar la corría de toros y

asistir ar baile der casino. En viaje otra vez, y pa Montiya; feria er quince. Er dieciocho, á Baeza; er veinticinco, á Córdoba... ¿quién pierde aqueyo?... Er treinta y uno á Antequera, y ayí me quedo madrugando y comiendo fresas hasta San Juan, que es er día que en Jaén se derrama tóo er humor, y toa la gracia y tóo er dinero. Y ya se acabó la temporáa del verde, y se puée tomar aliento descansando hasta la otoñáa.

JILG. Dézcanzemos, pues.

OLV. (A Araceli.) ¡Jesús!... tiene razón la Jilguera; soy una imprudente. ¡Hablar hoy aquí de estas cosas!

ARAC. ¿Y nada más querías?

OLV. Quería también... Córrete pa allá, Jilguera.

JILG. Ahí estoy, en er pasadizo. (Sálese al corredor del fondo.)

OLV. (A Araceli.) Pues no quería marcharme sin haberte avisao. Que hablé con Rafael, tu primo. Guárdate de él; vigila, porque yo no sé lo que se propone.

ARAC. Aquí no ha de volver.

OLV. Más loco que nunca por tí; y muy rencoroso con tu marido. Y desfigurao, hija; expresándose de un modo tan descompuesto, que no parece él. Que ahora es cuando va á saciar su pasión... que tú serás su esclava... En fin...

ARAC. ¿Qué meditará el insensato?

OLV. Quise darte este aviso

ARAC. Gracias.

OLV. Adiós.

ARAC. Adiós.

OLV. Y á ver si me escribes pronto que aquí se concluyeron las trajedias, y que está tóo arreglao.

ARAC. Eso es imposible.

OLV. ¡Ya vendrá un remedio!

ARAC. Si le hubiera, yo lo aplicaría... ¡créelo!.., á costa del mayor dolor, á trueque de mi vida y de mi gloria... ¡Pero no le hay!

OLV. Espéralo.

ARAC. Sí, lo espero, lo busco, lo llamo... ¡pero no

vendrá! Aquí ya solo quedan deshonra y perdición. Adiós, no te detengas.

OLV. ¡Adiós, hija mía! ¡Ya te escribiré! (Vase por el fondo.)

ESCENA III

ARACELI, la JILGUERA

ARAC. ¡No hay remedio, no!... Se me arde el corazón en bravuras y anhelos, mas todos son inútiles. Yo nada puedo; estamos perdidos.

JILG. (Avanzando desde la puerta.) Yo no sé si la zeñora me va á regañar...

ARAC. ¿Qué quieres?

JILG. Pero yo... por zi acaso... Cuando una quiée á las presonas, y ve que las presonas sufren... pues no zabe una si les puée traer la meicina...

ARAC. Vamos, ¿y qué traes?

JILG. El señorito don Rafael me buscó pa que le entregara á ucencia una carta.

ARAC. ¡El!... ¡una carta!...

JILG. (Sacando una carta.) Esta ez. Si pequé, yo se la güervo á yevar, diciéndole que la mandé por la vía é Tarifa y que se ha perdío. Pero como ér es primo de ucencia, yo discurrí: en eso no habrá mal, y puée que haya argún bien.

ARAC. (Tomando la carta.) Vete.

JILG. ¿La zeñora no me regaña?... Ya me voy. ¿Yo, qué quiero? Que se acaben las tribulaciones... Que se güerva á alegrar esta jaula de la probecita Jilguera. La Madre de Dios lo permita. «Zanta Virgen soberana,—lucero de la mañana,—rosa, lirio y claveyina,—danos tu gracia divina.» (Vase por el fondo, murmurando su oración.

ESCENA IV

ARACELI

Me escribe Rafael: aquí está el remedio. Aquí también está la infamia. Porque. . no lo dudo. . esta es una imposición de aquel espíritu desbordado. Por eso me escribe; por eso me huye el rostro. Le causa vergüenza anunciarme cara á cara su villanía; teme mi primer arranque. Sea lo que fuere; yo no vacilo. Su conciencia, honrada ó culpable, es mi solo refugio. Cualquier crueldad será un beneficio, si ella me ofrece forma de salvar mi casa del vilipendio. (Abriendo la carta.) Abro el papel, y en sus renglones pongo valerosa mi mirada. Al sacrificio vengo; sobre el ara estoy. (Lee la carta.) ¡Oh!... ¡Lo esperaba, lo sabía, y, sin embargo, me asombra, me aterra... se embravece mi orgullo, se desencadena mi cólera!... ¡Vil, miserable, malvado! ¡Malvado! (Reprimiéndose.) No, no... Serénese mi cabeza, aquiétese mi pecho... ¡Calma, meditación, frialdad en mi espíritu! (Lee otra vez) ¡Si, sí!... aquí lo leo escrito, que no miente la luz ni se trasponen las letras. ¡Y esta es la ley, este el único remedio! La ignominia en una mano y la salvación en la otra; así viene ese hombre, y él es el solo que acude. No cabe elección; su víctima he de ser; no hay resistencia. (Pausa.) Mas ¿cómo sobrellevar después la afrenta? Aunque haya redimido á todos mis seres amados de la condena y de la perdición, ¿cómo exponer á la luz el rostro mío, manchado de rubor eterno?... Ellos estarán salvos, pero yo habré caído ante la pasión torpe de ese canalla, y aquí llevaré el estigma, y adentro la memoria y en el corazón la vergüenza... ¿Cómo, Dios mío, cómo seguir en el mundo, cómo soportar la vida? (Detiénese, herida de una idea.) Viviendo, no; viviendo no es posible. Pero...

muriendo después, en seguida, esta misma noche... Tú, Señor, no has otorgado á una criatura humana el poder de resistir la vergonzosa tortura que yo sufriría. Pero si en la caída pones ahora el solo recurso de salvación... fuerza es, entonces, descubrir y recorrer el sendero que á ella conduce. ¡Y lo hay, sí! ¡yo lo distingo! Con el pensamiento fijo en la expiación que ha de purificarme, yo puedo ir sin mengua al torpe holocausto y convertir el oprobio en fecundo martirio. Rodrigo dejó allí sus armas; allí las tengo. (Señalando á la puerta de la izquierda.) Primero, la afrenta forzosa; después, la muerte voluntaria. He de alejar á Rodrigo de este paraje. Está allí con nuestros niños... Voy á verles... á besarles... y luego, sin vacilar, adelante en mi camino, y á vencer!... Dios me ha dado esfuerzo de vencedora. (Vase por la derecha.)

ESCENA V

ROSARIO y DON ANTONIO por el fondo

ANT. A tu amo quiero ver. Si la señora tiene ocupación ó está indispuesta, que se quede tranquila; nada le adviertas, ó dile que no debe molestarse.

ROS. (Señalando á la derecha.) El señor, allá dentro ha pasado todo el día.

ANT. Avísale, que quiero hablarle. (Rosario se va por la puerta de la derecha.) No hay tiempo que perder. La noche va adelantada. (Mirando al reloj de la sala.)

ROS. (Volviendo por la misma puerta.) Ya viene el señor.

ANT. Baja ahora al zaguán, y á Roque, mi aperador, que acompañándome vino, le dices que lleve la caballería al extremo del callejón que tuerce al campo, y allí que espere.

ROS. Voy á lo que usté dispone. (Vase por el fondo.)

ESCENA VI

DON ANTONIO y RODRIGO, por la derecha

ROD. De parte de usted me llaman. ¿Qué desea de de mí?

ANT. No pensaba hoy volver á verte, pues he salido de aquí esta tarde con la idea de que fuese pàra mucho tiempo.

ROD. Su visita no nos enoja.

ANT. Era necesaria.

ROD. Explíquese usted.

ANT. Meditando sobre el riesgo que te rodea, hube de caer en que también á los tuyos, y particularmente á mí, nos está alcanzando.

ROD. ¡Riesgo para ustedes! Veo el menoscabo que sufre su prestigio, y por él yo viviría hasta mi última hora postrado de hinojos, demandando perdón á todos mis deudos. Mas peligro de otro género, ¿dónde lo descubre usted?

ANT. Clavadas las rodillas en la peña dura, y en cruz los brazos, sin reposo de día y de noche, no redimirías tus culpas ni enmendarías el mal que has hecho. Pero líbranos siquiera del último bochorno. La denuncia y el proceso vienen sobre tí; ya están á tu puerta. Vete; que te sigan fuera, que te alcancen lejos, y no corones el agravio que de tí hemos recibido, trayendo á la justicia á prenderte bajo este techo, y dando lugar, acaso, á que sea yo quien tenga que reducirte á prisión.

ROD. Dice usted bien; no haya cuidado. Doy á usted palabra de que el solar de mis ascendientes no ha de ser el rollo donde me vea la gente expuesto á la vergüenza. Partiré.

ANT. La ocasión apremia, y tu marcha ha de ser en seguida.

ROD. Esta misma noche.

ANT. Ahí está tu mujer. Despídete de ella.

ESCENA VII

DICHOS y ARACELI, por la derecha, que ha salido abstraída y sombría; al ver á Rodrigo se sobrepone á su dolor, para fingir apacibilidad.

ROD. Acércate, Araceli.
ARAC. ¿Tío Antonio aquí?
ANT. Aquí estoy, que vengo á proteger la partida de tu marido.
ARAC. ¡Su partida!
ANT. Es indispensable; y debe emprenderla en este punto, sin tardanza de un solo momento.
ARAC. (A Rodrigo.) ¡Sí, sí! Eso es. Debes marcharte.
ANT. Todo se lo impone.
ARAC. No te detengas, pues.
ROD. No me detengo.
ANT. Despídete de tu mujer y de tus hijos. Mas no te tardes mucho, que ya la noche va avanzada, y salte por el portal de la labor á la calleja. Te espero allí, y te conduciré has- el camino de la Sierra, donde te tengo preparado un caballo. (Vase por el fondo.)

ESCENA VIII

ARACELI y RODRIGO

ARAC. Vete, sí, Rodrigo. Es muy cuerdo ese consejo. Aléjate, y no lo demores, que ese auxilio que te ofrecen no pueda faltarte.
ROD. Adiós, Araceli.
ARAC. Óyeme, Rodrigo. No te alejes mucho de estos sitios. Llega hasta la choza en la cual parasste ayer, donde hablaste á la Jilguera; cobíjate allí y espera la mañana. Si á la salida del sol no me has visto llegar...
ROD. ¡A tí, Araceli!
ARAC. ¿No te he hecho promesa de huir contigo?... ¿No lo recuerdas?... Escúchame. Si á la salida

del sol no me vieres á tu lado... entonces... Rodrigo...

ROD. ¿Qué, Araceli?... ¿Qué quieres decir?...

ARAC. Entonces, vuelve. Penetra en tu casa animoso y seguro; busca á tus hijos, y ven con ellos á buscarme á mí. ¡Rodrigo!... Allí, en nuestra cámara me hallarás, y te habré redimido. Besarás mi frente, harás que me besen aquellas dos criaturas nuestras... me besaréis mucho, para coronarme de amor. Caerás junto á mí de hinojos y llamarás á tu Araceli con fervorosos acentos de gratitud, porque de estas manos mías recogerás el rescate.

ROD. ¿Y tú, Araceli, tú cómo lo habrás obtenido?... Tus palabras me extrañan y me sobrecogen.

ARAC. Todo lo sabrás á su tiempo.

ROD. Quiero saberlo ahora. ¿Qué propósito tienes? Dímelo

ARAC. ¿Perdí tu confianza?

ROD. No; pero tú meditas algo terrible.

ARAC. No, por cierto. Déjame. Vete; tío Antonio te espera.

ROD. (Yo sorprenderé tu intento.) Ya me voy. Adiós.

ARAC. Adiós. (Rodrigo se dirige á la puerta de la derecha; al verle que va á salir, Araceli le llama en un impulso que no puede contener.) ¡Rodrigo!...

ROD. (Volviendo.) ¿Qué tienes?... ¡Araceli!... En verdad, te propones algo terrible.

ARAC. Repito que te engañas. Es que quiero abrazarte otra vez... Infundirte más ánimo... Nada; una caricia, una palabra mimosa... Adiós. ¡Es que te quiero mucho! No te detengas.

ROD. Adiós. (Volveré) (Vase por la derecha.)

ESCENA IX

ARACELI

¡El rescate, sí! Enmudecerá la delación, se cerrará el presidio, brillarán puros estos blasones, tú tendrás nombre sin mancha, y de

tí lo heredarán esos dos ángeles que dejo en la tierra. (Con arranque.) ¡Ea! Dictado está el decreto. Ese villano ya esperará al pie de la reja; así me lo escribe. (Sacando y mirando la carta que recibió antes.) ¡Sí! Allí está acechando. (Llegándose á la reja.) ¡No temas! Subirás... Tu infame victoria es segura, pero también lo es mi muerte. (Apartándose de la reja.) ¡No hay otra salvación! Cúmplase el sacrificio. (Deja la carta sobre la mesa y tira de la cinta de la campanilla que pende sobre el estrado.)

ESCENA X

ARACELI y ROSARIO por la derecha, después de una pausa

ROS. ¿Señora?...

ARAC. ¿Duermen ya los niños?

ROS. Ayí se quean como dos pajaritos.

ARAC. Y el señor, ¿se fué?

ROS. Acaba de salir por la puerta de atrás, y se yevó la yave.

ARAC. ¿Marchó para Lucena don Jerónimo?

ROS. Sí, señora. De eso ya hace rato.

ARAC. Bien. Baja á cerrar el portal grande.

ROS. Y le sub á la señora la yave.

ARAC. Como todas las noches.

ROS. Voy allá. (Vase por el fondo con una de las dos luces.)

ARAC. (Sentándose á la mesa.) Antes, mis últimas palabras á él. Antes, sí; porque después ya no tendré valor ni derecho para dirigírmele. (Se pone á escribir, interrumpiéndose mientras lo va haciendo.) Que vea cuánto le he querido... Que comprenda mi sacrificio... Que no pueda olvidarme jamás.

ROS. (Volviendo por el fondo con la llave del portal y la luz, que deja otra vez sobre la mesa.) Señora, la yave.

ARAC. Déjala ahí. (Rosario deja la llave sobre la mesa.)

ROS. ¿Dispone la señora argo más?

ARAC. No; nada. Vete á dormir. (Dejando de escribir.) ¡Pobrecilla!... estarás cansada. Ya es tarde...

(Acariciándola.) Vete, vete á dormir... Eres buena, quieres á mis niños... ¡me sirves con tanta fidelidad!... ¡Hija mía!...

Ros. ¿Qué tiene la señora?

Arac. Nada.

Ros. ¿Se siente enferma?...

Arac. No, no...

Ros. Si la señora quiere que la vele...

Arac. No, pobrecita, no. Vete á dormir.

Ros. Que haya alivio en la señora. (Dirígese á la puerta de la derecha.)

Arac. Oye, ven... (Rosario vuelve.) Enciende la lamparilla de mi Virgen. (Rosario toma una luz de la mesa y alumbra la lamparilla que está delante del escaparate de la Dolorosa.) Gracias.

Ros. ¿Manda algo más?

Arac. Gracias.

Ros. Muy güenas noches. (Vase por la derecha.)

ESCENA XI

ARACELI. Luego RODRIGO por la derecha. ARACELI continúa escribiendo. Pausa, después de la cual aparece Rodrigo sigilosamente

Rod. (Desde la puerta.) (Allí está... Solloza... Escribe... ¿Qué está escribiendo?) (Acércase á ella.) Araceli.

Arac. (Levantándose aterrada.) ¡Jesús!... (Coge rápidamente la carta de Rafael y la que ella escribía y las arruga entre sus manos.)

Rod. ¿A quién escribías? ¿Qué papeles son esos?

Arac. Nada son... Te lo juro.

Rod. Muestrámelos.

Arac. ¡Oh, no!...

Rod. Quiero verlos.

Arac. ¿Desconfías de mí?

Rod. Escondes algún designio siniestro... No sé cuál; no lo alcanzo. Y quiero conocerlo. Dame esos papeles. (Luchando por quitárselos.)

Arac. ¡No, Rodrigo, no!... ¡Te juro!... ¡Por misericordia!... ¡Rodrigo!... (Rodrigo le quita la carta

de Rafael.) ¡Ah! ¡Tú no me asistes, Señor!... ¡Todo se pierde!

ROD. (Leyendo la carta.) ¡De Rafael!... ¡Oh, bandido!

ARAC. Sí, un bandido.

ROD. ¡Y tú aceptabas esta vil imposición! ¡Tú, Araceli! ¡Tú, resignada á tal bajeza!

ARAC. ¡Era tu sola redención!

ROD. ¡Y á precio de ella dabas tu recato y tu honra!

ARAC. (Presentándole el otro papel, que ha guardado. ¡Daba mi vida!

ROD. (Cogiendo el papel y leyéndolo rápidamente. ¿Tu vida?... ¡Oh! ¡Morir de tu propia mano! ¡Eso te proponías!

ARAC. Sí; tú regenerado, limpio de infamia, sobre la tierra, á la luz del sol; yo, con mi mancilla, oculta en el sepulcro.

ROD. ¡Morir tú, mi Araceli, mi bien, mi heroina santa!... ¡Tú, que eres la gloria, el amor, la virtud, Providencia del cielo y honor de este mundo! ¡Tú, á quien yo adoro y venero; ante quien me postro, hundiendo la frente en el polvo que pisas!... (Irguiéndose airado.) ¡No, la muerte, el castigo para otro!

ARAC. ¿Qué?...

ROD. ¡La muerte para el que puso en tí su pensamiento osado, para el que te agravió con su propósito impuro! .. ¡Ese es el condenado!

ARAC. ¿Qué dices?...

ROD. Déjame ahora. Entra allí. (Señalando á la puerta de la izquierda.)

ARAC. No intentes...

ROD. ¡Silencio! Obedéceme; yo mando ahora Ya no soy el hombre aniquilado, envilecido, que temblaba y lloraba ante su riesgo Ahora soy el hombre que sentencia y mata. Mi humillación me amilanaba. Te ofenden á tí, ¡á tí, noble criatura, alma grande, y .. ya ya ves! me invade el coraje, se desata mi fuerza, se alza mi brazo vibrante. Ese hombre va á morir. Entra, vete; déjame aquí solo.

ARAC. No; no me voy. ¿Qué vas á hacer?

ROD. ¿Quieres saberlo? .. ¿No me dejas?... Es igual. No por eso has de detenerme. (Llegándose á la reja.) ¡Allí espera el villano!

ARAC. ¡Rodrigo, por el amor de Dios!

ROD. ¡Silencio! (Coge la llave que ha subido Rosario; apaga las dos luces.)

ARAC. ¡Rodrigo, no!... ¡Detente!... (Queriendo sujetarle.)

ROD. ¡Silencio!...

ARAC. ¡Santo Cristo del Poder!...

ROD. (Va á la reja y echa por ella la llave y se vuelve á Araceli.) ¡Ahora!...

ARAC. ¿Qué has hecho?...

ROD. Ya tiene la llave. Va á subir... Cree el imbécil que eres tú quien le aguarda... Ven.

ARAC. (Resistiéndose.) ¡No, no! ¡Déjame aquí!

ROD. (Conduciéndola hacia la puerta de la izquierda.) Ahí; es preciso; yo lo quiero.

ARAC. (Al pasar por delante del escaparate.) ¡Madre de Dios!... ¡Madre mía... no nos desampares! (Entra por la izquierda, obligada por Rodrigo.)

ROD. (Cerrando la puerta.) Ahora, que venga. (Se queda cruzado de brazos delante de la puerta de la izquierda.)

ESCENA XII

RODRIGO, RAFAEL, por el fondo; éste aparece avanzando en la obscuridad; se detiene un momento á la puerta del fondo, como vacilando; luego se dirige resuelto á la puerta de la izquierda

ROD. (Cogiéndole por un brazo con violencia, y hablándole en voz contenida.) ¿A dónde vas, canalla?

RAF. (Forcejeando.) ¿Qué es eso?... ¡Rayo de Dios!...

ROD. (Sin soltarle, siempre en voz baja.) No grites. Yo soy.

RAF. ¡Rodrigo!

ROD. ¡Muy bajo!...

RAF. Me preparasteis esta celada.

ROD. Yo soy quien te la ha tendido. Ella, no; ella te aguardaba, sometida á tu voluntad infame.

RAF. ¡Déjame, suelta!. .

ROD. Oyeme, calla. ¡Si quiero decirte muy pocas palabras!... Ella cedía á tu agresión; iba á hacerte ofrenda de su virtud y de su hon-

ra... Mas... oye cual era tu victoria: Araceli se mataba luego.

RAF. ¡Ella!... ¡Araceli!

ROD. Ella, la única que aquí tiene derecho á la vida honrada, la única que puede mostrar al mundo su conciencia... ella se disponía á morir. Ese era tu triunfo. Al despedirte de ella, la dejabas envuelta en su mortaja.

RAF. ¿Es eso verdad?

ROD. Pero yo la he salvado al sorprenderla, ¡y quien muera aquí serás tú!... Y eso ahora mismo... que para eso te he franqueado mi puerta... para matarte dentro de mi propia casa que allanabas, en la obscuridad, con mis manos...

RAF. (Sacando un revólver.) No has de poder... Yo venzo donde lucho..

ROD. ¡Si no te dejo que luches!... Ahora soy yo el que no quiero cruzar contigo un arma. Voy á ahogarte.

RAF. ¡Sea! Y al infierno le agradezco, que por fin me trabo á muerte contigo. (Luchan: Rodrigo arrebata el revólver á Rafael.)

ROD. ¡Un arma traes!... ¡Dámela!... Con ella te abrasaré el alma que tienes.

RAF. ¡Cobarde! asesino!...

ROD. ¡Sí; esfuerza ahora la voz, levanta el grito!... Pregona que te mato, llama, que vengan á ver como muere el salteador de mi hogar y de mi honra. (Le estrecha, cogiéndole con una mano y empuñando el revólver con la otra; Rafael rehuyéndole se hace atrás, y cae puesta una rodilla en tierra.)

RAF. ¡Jesús me valga! ¡Favor!

ROD. (Acercándole el arma á la sien.) No le hay para tí.

ESCENA XIII

DICHOS; ARACELI por la izquierda con una luz, que deja sobre la mesa

ARAC. (Dando un grito de espanto.) ¡Rodrigo!... (Deja la luz sobre la mesa.)

RAF. ¡Araceli!...

RODRIGO. ¡Ven, ven á iluminar mi justicia! Mírale; está en mi poder.

RAF. Bien, mátame, y cumple así tu última fechoría.

ROD. ¡Muere, pues! (Se acerca á él apuntándole.)

ARAC. (Arrojándose y poniéndose delante de Rafael para ampararle.) ¡Detente!... ¡No!... ¿Qué vas á hacer?

ROD. ¿Le protejes tú?

ARAC. No puedes matarle.

ROD. ¿No lo merece acaso?

ARAC. ¡Sí, sí! lo merece; pero no puedes. Este hombre trae encima la riqueza conque pensaba pagar su victoria. ¿Quiéres que se diga que le hemos matado para robarle?

ROD. (Mudando de tono y actitud, á Rafael.) Tiene razón. Vete, aléjate, sal de nuestra casa. Esta mujer te ha salvado.

RAF. ¡Gracias, Araceli!

ARAC. (Con ira y desprecio.) ¡Vete!

RAF. Sí, me voy. Mas quiero dejar aquí una huella de mi paso. Has amparado mi vida, Araceli...

ARAC. Sí... ¡vete!

RAF. Beneficio por beneficio. Intenté una traición; perdóname y óyeme... un instante, un brevísimo instante, el último que me concede tu atención, porque juro no volver jamás á ponerme en tu presencia.

ROD. ¿Qué te propones?

RAF. A ella... á ella me dirijo.

ARAC. ¿Qué?

RAF. No era dinero lo que traía para ofrecerlo en recompensa de lo que mi locura codició. Era este papel; el mismo por el cual se había de perder vuestro nombre: el documento falso.

ARAC. ¡Oh!...

RAF. He ido á rescatarlo de las manos de ese rufián, que con él amenazaba. (Ofreciendo á Araceli el papel que ha sacado de la cartera.) Tómalo; yo te le doy.

ROD. ¡No! Allá guárdalo tú. No lo aceptamos.

RAF. Es la salvación.

ROD. Viniendo de tí, yo no la quiero.

RAF. ¿Quién más que yo puede dártela?

ROD. Esta arma. Viene de tí también, y es dón más honrado. Me basta con él; gracias.

RAF. (Ofreciéndola el papel.) Araceli...

ARAC. (Llena de terror y turbación, abrazada á Rodrigo.) ¡Rodrigo!... ¿Qué hacer?

ROD. ¡Rechazar el beneficio, y arrojar ya á ese hombre. ¿Qué tardas en marcharte?

RAF. (Rompe el papel en pedacitos y los echa á los piés de Araceli.) Toma, Araceli. ¡Adiós!

ARAC. (Con alegría.) ¡Oh!... ¡Adiós!

ROD. Nada te agradezco.

RAF. Nada me debes. Estamos en paz. (Vase por el fondo.)

ARAC. (Abrazando á Rodrigo.) Perdónale. Al cabo él te salva.

ROD. Él me salva. Tú me redimes.

FIN DEL DRAMA

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo* calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª* calle de las Infantas, 18, y del *Sr. Escribano*, plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.